

BOLSILIBROS
BRUGUERA



SERIE
**PUNTO
ROJO**

un "plumífero" femenino

joe mogar



COLECCION

PUNTO ROJO



JOE MOGAR

UN PLUMIFERO FEMENINO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 423
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES
CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Déposito legal: B 16.779 - 1970

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: junio, 1970

© JOE MOGAR, 1970
sobre la parte literaria

© RAFAEL CORTIELLA - 1970
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE:
1.013 — Llamada a un pistolero.
- En Colección BULALO:
393 — Alias, Pistol Kendal.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
991 — Muerte para una rubia.
- En Colección CALIFORNIA:
710 — Con tus propias manos.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
734 — Boda sangrienta.
- En Colección COLORADO:
625 — Un *gun-man* en la noche.
- En Colección KANSAS:
618 — La cantante y el *gun-man*.
- En Colección BRAVO OESTE:
451 — El misterio de la colina.
- En Colección PUNTO ROJO:
417 — El signo de Géminis.
- En Colección ASES DEL OESTE:
555 — Un disparo en la bruma.

CAPÍTULO PRIMERO

—Estoy recibiendo llamadas.

Eso fue lo que dijo apenas entrar en mi oficina de Lincoln Way, piso decimonoveno, apartamento 118, C.

Con un gesto le indiqué que se sentara mientras la examinaba con todo descaro.

Era lo único que podía y debía hacer.

La minifalda mostraba gran parte de los largos y bien torneados muslos, desnudos porque las medias brillaban por su ausencia y...

En aquel momento me interrumpió:

—¿Me está escuchando?

Levanté mis ojos hacia su rostro de querubín rubio.

Ojos grandes, magníficos, rasgados y verdes, en una hermosa cabeza de una mujer no menos hermosa, pues respiraba belleza por todos y cada uno de los poros de su cuerpo.

Divagaba...

—¿Me escucha...?

Descendí de la nube en que me encontraba y respondí:

—Dijo que recibía llamadas, ¿no? Pero, siéntese, por favor.

Lo hizo cabalgando una pierna sobre la otra.

Aparté la mirada hacia otro lado y como un buen chico, pensando que era mucho mejor en aquel momento, volví la espalda, rodeé la mesa y me dejé caer en el sillón.

Cuando la miré tenía un largo cigarrillo en las manos y le estaba prendiendo fuego con un magnífico encendedor.

—¿Qué clase de llamadas? —pregunté tan pronto como la vi envuelta en humo y diciéndome que era una lástima que no me hubiera ofrecido uno.

—De esas..., de esas..., que son difíciles de explicar. Dice..., dice cosas horribles...

No me cabía en la cabeza que nadie pudiera hacer eso con una

mujer como aquélla y no obstante pregunté:

—¿Nada más?

—Van a matarme —se estremeció. Pude notarlo mientras añadía —. Pasado mañana, y estoy asustada.

No daba aquella impresión ni mucho menos, pero aquella opinión también me lo guardé para mí.

—¿Por qué no avisa a la policía? ¿O lo hizo ya?

Me miró por encima de la mesa con los ojos muy abiertos.

—Si deseara la presencia de la policía no estaría aquí, observando a sus impertinentes ojos, primero mirando mis piernas y ahora a mí, como si jamás hubiera visto a mujer alguna.

Llevaba razón, pero tampoco se lo dije.

Sencillamente respondí:

—Bien, ¿qué quiere que haga yo?

Me hizo una mueca, se pasó la lengua por los labios hábilmente retocados de *rouge* y contestó:

—Voy a pagarle diez de los grandes más gastos si me sirve de guardaespaldas.

La miré fijamente, y empecé a disparar preguntas:

—¿Cómo se llama usted?

Arqueó una ceja.

—Perdone, pero creí que ya se lo había dicho.

Eso fue lo que contestó.

Ni más ni menos, por lo que no insistí.

—¿Sospecha de alguien?

Denegó con la cabeza.

—No. Tengo amigos y alguna que otra amiga, pero la verdad es que... Bueno, no puedo creerlo ni mucho menos.

—Deme una lista.

—¿Qué...?

—Quiero una lista de todas sus amistades, con sus respectivos domicilios —pensé en la policía y añadí—: Si quiere mi opinión, sería mejor dar parte a la Metropolitana. Ellos pueden intervenir su telé...

Se puso en pie y me interrumpió.

—Escuche, míster Latinguer —dijo—, diga si toma el caso o si lo deja. Detectives privados los encontraré a cientos en San Francisco.

No me asombré que supiera mi nombre.

La placa que había en la puerta de mi oficina lo decía bien claro y por otra parte cualquiera podría encontrarlo en el listín de teléfonos.

—De acuerdo —dije tras unos segundos de silencio—, venga esos nombres.

Ella denegó con la cabeza.

—Se los daré más tarde, en mi apartamento. Aquí, la verdad es que no los recuerdo todos, polizonte.

¿Había algo más que preguntar?

Me formulé la pregunta mientras ella aplastaba la punta del cigarrillo contra el cenicero. Hecho esto abrió el bolso, extrajo un grueso fajo de billetes, separó diez de mil y uno de quinientos y los depositó frente a mí, sobre la superficie de la mesa.

Inexplicablemente se pegaron a mis dedos pero no los guardé.

—Diez mil para usted y los quinientos para gastos —dijo—. Y ahora, vámonos.

Se puso en pie al terminar de hablar y la miré desde el fondo del sillón donde me encontraba sentado.

—¿Adónde? —inquirí.

—A mi apartamento, conmigo. Cuando..., cuando le dije que estaba asustada, no le mentí. Por lo tanto, no le extrañe que no desee quedarme sola.

No respondí.

La imité, fui al perchero, tomé el sombrero, me lo encasqueté, bajo la axila izquierda el «Colt» con la funda y las correíllas y encima de todo aquel arsenal, la americana.

Rodeé la mesa a la inversa.

—Vámonos —dije.

Y la prendí del brazo por encima del codo.

No protestó y se dejó guiar por mí hasta el pasillo.

Cerré la puerta.

Cuando me volví, la muchacha y su minifalda avanzaban hacia la puerta que daba acceso al ascensor y como obrando por cuenta propia y ahora que no me veía, mis impertinentes ojos, como ella misma los calificó, fueron a sus magníficas piernas.

Llegué a su lado cuando pulsaba el botón de llamada.

—Aún no me ha dicho cómo se llama, *miss*...

Su mirada me interrumpió:

—¿Puedo formularle una pregunta?

—¡Hágala! —dije secamente, y aun sin saber por qué.

—¿Por qué no es un buen chico y deja las explicaciones para más tarde?

No lo era ni mucho menos, pero dije que sí.

Diez de los grandes son un buen atractivo para aguantar por algún tiempo los caprichos y extravagancias de cualquier dama y yo no iba a ser la excepción de la regla.

Ya en la calle pregunté:

—¿Tomamos un coche?

Sonrió.

—Tengo el mío una cuadra más abajo —respondió.

Volví a prenderla del brazo cuando nos encaminamos hacia allí.

Un «Bentley».

Un convertible de importación pintado en rojo brillante.

Abrió la portezuela y se apartó a un lado para dejarme subir, y a continuación lo hizo para colocarse frente al volante.

—¿Dónde me lleva? —preguntó tan pronto como arrancó.

—A mi casa, como le dije, polizante. Al 1090 de Market Street.

—Eso es el Chinatown, ¿no? —inquirí.

Me sonrió a través del retrovisor.

—Me gusta el Chinatown, pesquiza —dijo—. Allí hay tipos dignos de estudio. Y no me refiero sólo a los hombres.

Preguntándome si me conceptuaba de aquel modo respondí:

—No parece muy asustada, ¿verdad?

Vi cómo su rostro se nublaba un tanto mientras que la sonrisa desaparecía de su boca, de labios rojos y sensuales.

—Lo disimulo bastante bien, míster Latinguer, pero como le dije en su oficina, la verdad es que estoy aterrorizada.

No respondí.

Pensaba.

Hasta que traduje parte de mis pensamientos en una sencilla frase:

—Aún no me ha dicho cómo se llama.

Arqueó una ceja.

Lo vi perfectamente debido al retrovisor y esperé, pero no lo que contestó:

—Después, míster Latinguer; en mi apartamento.

Debía tener complejos de apartamento, por lo que no respondí.

Market Street.

El 1090.

Allí, frente a mis narices.

Ella detuvo el «Bentley» y abrí la portezuela, rodeé el coche y me acerqué para abrir la otra.

Descendió mostrándome la belleza de su pierna derecha mientras me miraba con el gesto más inocente del mundo. Sin hacer caso me aparté un poco, esperé a que cerrase el coche con llave y a continuación me prendió del brazo, exactamente como yo había hecho con ella.

—Vamos, polizonte —dijo tirando de mí hacia el portal.

Piso dieciocho, apartamento 415, letra F.

Entramos.

El *living*.

Me indicó uno de los sillones preguntando:

—¿Quiere algo de beber?

Asentí en silencio, me dedicó una sonrisa y se fue. Como siempre, mis ojos fueron al borde de la minifalda.

Cuando regresó trayendo dos altos vasos más que mediados de *whisky* y un par de cubitos de hielo en cada uno, habían transcurrido un par o tres de minutos...

Me dio uno, me dedicó una nueva sonrisa, como si con ello quisiera mostrarme que sus dientes podían competir con cualquier anuncio dentífrico, y se dejó caer frente a mí en el otro sillón.

Cabalgó una pierna sobre la otra.

Me bebí el *whisky* de golpe.

—¿Me da esas listas? —pregunté, más que por nada por decir algo.

—Sí, claro. Las tengo aquí.

—Y ahora —dije—, ¿quiere decirme de una vez quién es usted?

Me dedicó la tercera sonrisa, pero aquélla difería bastante de las dos anteriores.

Aquélla era la sonrisa del conejo.

—Darguicha Nabocov —dijo.

Me envaré.

—¿Rusa?

Sonrió una vez más.

—Polaca.

Me puse en pie.

—¿Qué hace en...?

—Tengo la ciudadanía, querido —respondió—, y escribo cosas.

Decía la verdad.

Introduje la mano en el bolsillo y lancé los diez mil dólares sobre el sofá, a su lado.

Parecía estar esperando aquello ya que no se movió...

Sólo me miraba.

Me volví hacia la puerta y al poner la mano en el tirador de la puerta dijo:

—¿Por qué no se sienta y discutimos esto, míster Latinguer?

Abrí la puerta.

Un plumífero.

Un maldito plumífero femenino.

Ésa era Darguicha Nabocov.

Salí al pasillo sin que pronunciara una sola palabra más ni tratara de impedírmelo.

CAPÍTULO II

¿La odiaba?

Me formulé la pregunta tan pronto como alcancé la calle, buscando de pasada un taxi que me condujera a mi oficina.

Pensando también en si me había dicho la verdad sobre aquellas llamadas y diciéndome que aunque así fuera, jamás aceptaría un caso que viniera de las manos de Darguicha Nabocov.

No porque fuera rusa o polaca. Tampoco me importaba si tenía o no la ciudadanía americana. Las causas eran muy otras y quizá esas mismas causas se pudieran tildar de chiquillería pero por el momento es así y nadie, y mucho menos yo sólo podía cambiarlo.

¿La odiaba?

Detuve un taxi.

—A Lincoln Way —dije.

El coche se puso en marcha.

¿La odiaba?

Cerré los ojos y ya no los abrí hasta que el taxista preguntó:

—Lincoln Way, ¿qué número?

—Novecientos ochenta —respondí.

Unos minutos más tarde el coche se detuvo, pagué la carrera, descendí, atravesé la acera, el portal y tomé el ascensor.

El timbre del teléfono estaba sonando cuando entré en el despacho.

Con una mueca me acerqué a la mesa y levanté el auricular.

—¿Dígame...?

—Hola, John, ¿puedes pasarte por aquí?

Le dediqué una sonrisa al auricular.

—¿Ahí...? ¿Dónde es ahí? —pregunté, esperando una respuesta que estaba seguro no iba a gustarme.

Dick

O'Hara,

teniente del departamento de Homicidios de San Francisco era un buen amigo mío. Uno de esos amigos que siempre le están molestando a uno cuando no por una causa, por otra.

Respondió:

—A mi oficina, John.

—¿Y luego...?

—Nos daremos una vuelta por la Morgue.

Arqueé una ceja.

—Allí, ¿para qué?

O'Hara

tardó bastante en contestar.

—Es una sorpresa, John —dijo—; una bonita sorpresa.

—Creí que se trataba de un caso de identificación.

—No. Por esta vez, no.

Tardé varios segundos en contestar y cuando lo hice fue para decir lo que él estaba esperando que dijera:

—De acuerdo, Dick, voy para allá.

Colgué, me volví para salir y entonces la vi.

Minifalda, mucho más corta que la de Darguicha, pero no era ella ni mucho menos.

Morena, muy joven ya que apenas si tendría los veinte años, y de ojos grandes y negros, insondables.

De estatura superior a la normal de frente ancha, denotando inteligencia, nariz fina, boca de labios gruesos y húmedos, rojos, de senos firmes, estrecha cintura, de piernas...

Bueno, la minifalda, más corta que la de Darguicha, daban una muestra palpable de lo que eran.

—Míster John Latinguer, ¿verdad? —preguntó al ver que la miraba.

—Sí —dije. Y pensé en el teniente O Tiara cuando continué—: Tengo una cita ahora mismo. Si quiere, puede volver en otro momento, ¿no?

Denegó con la cabeza.

—Le acompaño, míster Latinguer —replicó—. Hablaremos por el camino.

—La visita que voy a hacer no es muy agradable.

—Lo sé.

La miré con asombro y ella continuó:

—Va a la Morgue, ¿verdad? —señaló el teléfono y añadió mucho antes de que pudiera contestar—: Oí su conversación. ¿Nos vamos?

Asentí en silencio y salimos.

No hubo necesidad de tomar el taxi.

La muchacha tenía un «Alfa Romeo» frente a la puerta y ambos subimos en el más completo silencio.

Arrancó, y al hacerlo empezó a hablar:

—Me llamo Jessica Warren, míster Latinguer, y estoy en dificultades.

—Todo el mundo me busca cuando se encuentra de ese modo —dije sin modestia, y pregunté sin transición alguna—: ¿Qué clase de dificultades?

Dudó unos segundos y por fin lo soltó:

—Trabajo como modelo en una casa de alta costura del Skyline Boulevard, cerca del zoo. Allí fue donde conocí a una periodista llamada Darguicha Nabocov. Le hizo varias entrevistas y...

En aquel momento la interrumpí.

—¿Fue ella la que le dijo que viniera a verme?

Por cuestión de unos segundos vi sus ojos fijos en los míos y acto seguido los desvió hacia la calle, atenta de nuevo a la circulación.

—Nada de eso —dijo tras unos segundos de silencio—. Ni siquiera sabe que he venido..., pero Darguicha está recibiendo llamadas de muerte y yo..., yo..., estoy muy preocupada.

—¿Tan amigas son ustedes?

—Mucho. Ella me ayudó a subir, y ahora soy una primer modelo gracias a su pluma, ¿comprende? Quiero que haga algo y estoy dispuesta a pagarle..., lo que sea necesario.

No respondí en un gran espacio de tiempo.

Pensaba, y ninguno de mis pensamientos eran agradables.

—No voy a hacer nada al respecto, *miss* Warren —dije, finalmente—. No me gusta el caso. —Hice una pausa que ella me interrumpió y añadí—: Ahora vamos al departamento de homicidios y de allí a la Morgue. El teniente

O'Hara

la atenderá a usted, ¿comprende?

—No —respondió—. No lo comprendo; tampoco quiero que la policía se mezcle en esto.

—¿No...? ¿Por qué?

Estábamos dando vista al departamento de homicidios cuando respondió:

—Darguicha prefiere que sea así, míster Latinguer, y deseo respetar ese deseo.

Detuvo el coche y me miró a los ojos.

—¿Qué piensa hacer? —preguntó.

Denegué con la cabeza antes de decir.

—Lo siento mucho, pequeña, pero no quiero hacerme cargo de ese caso.

—¿Resentido?

Arqueé una ceja.

—¿Y qué si así fuera, mis Warren?

Hizo una mueca indefinible y respondió:

—Nada. Nada en lo que a mí respecta, pero Darguicha... Bueno, puede morir, ¿comprende? Y si ocurre, me temo pesquisa, que va a pesar en su conciencia durante mucho tiempo.

—Sí, quizá sea así..., pero en Frisco hay muchas agencias de detectives, y mucho mejores que yo.

No me respondió, por lo que abrí la puerta y descendí.

Frente a mí el gris y sombrío edificio del departamento de homicidios al que no tuve necesidad de entrar pues justo en aquel momento, el teniente

O'Hara,

aparecía en el umbral.

Detrás de mí oí arrancar el coche de Jessica Warren justo en el momento en que el teniente se acercaba.

—Hola, John —saludó—. ¿Nos vamos?

Era alto, macizo de ojos pardos y duros como el acero y de unos treinta y cinco años de edad. Ambos habíamos estado en el Pacífico cuando la última contienda mundial, y de ahí había nacido nuestra amistad.

Luego, al terminar la guerra nos separamos para unirnos más tarde por un capricho del destino, él como teniente de homicidios y yo como detective privado.

Le tendí la mano.

—De acuerdo —dije—, vámonos.

No hizo sonar la sirena en todo el trayecto hasta la Morgue y cuántos intentos hice por entablar conversación con él fueron

baldíos ya que se encerró en un mutismo absoluto que sólo rompió cuando ya nos encontrábamos en la puerta con ánimo de entrar en las «heladeras» y acompañados del viejo Parris, médico forense de la policía.

—Creo que voy a darte una sorpresa, John —dijo.

—Eso fue lo que me dijiste por teléfono —respondí.

Me sonrió, pero había frío en su sonrisa.

—Sí, creo que fue así. ¿Entramos?

Dije que sí y lo hicimos.

Una gran sala, con la muerte flotando en el aire.

Limpia, blanca, pulida, pero con fétido olor a muerto a pesar de la limpieza, de su blancura; con fenol oliendo por todas partes.

Miré a

O'Hara.

Su rostro, duro de ordinario, se había endurecido aún más y los pómulos de su rostro se marcaban fuertemente bajo la piel y me pregunté por qué.

No me miraba, parecía fascinado por algo, y le vi acercarse a uno de los cajones montados sobre raíles y a mi vez me acerqué.

No le entendí cuando me miró ni cuando me dijo:

—Abre el cajón, John.

Le miré a mi vez, miré también a Parris, me encogí de hombros y me acerqué para tirar hacia mí.

Silenciosamente, con la misma muerte, el cajón vino a mi encuentro deslizándose sobre sus bien engrasados raíles y ante mis ojos apareció el bulto alargado y cubierto con una blanca sábana.

A mi izquierda oí la pregunta de

O'Hara.

—Vamos, John, ¿a qué esperas?

Tomé la sábana y descubrí el rostro del cadáver.

Creo, que a pesar de estar observando atentamente, mi rostro no acusó el impacto de la angustiada sorpresa que experimenté al verle ni el sentimiento de odio que en oleadas se fue apoderando de mí en contados segundos.

Nora Blay se encontraba allí dentro, y su rostro siempre hermoso, diría que en demasía, se mostraba ante mis ojos tumefacto, morado, casi irreconocible.

Lenta, muy lentamente, sin pronunciar palabra, lo cubrí y desvié

hacia el teniente que no dejaba de mirarme.

—La reconoce, ¿verdad?

Era una pregunta estúpida en demasía.

Muy estúpida porque él, exactamente lo mismo que yo, sabía que tenía que ser así.

No obstante, y a pesar de mis pensamientos respondí:

—Sí, así es. Se trata de Nora Blay —hice una pausa que ninguno de los dos rompió y pregunté—: ¿Cómo murió?

En contra de lo que esperaba, la respuesta me llegó de Parris.

—La mataron. Cianuro..., y luego la echaron a la bahía.

No respondí en unos momentos.

En aquel instante estaba luchando contra las náuseas que de un modo repentino se iban apoderando de mí.

Hasta que

O'Hara

vino en mi ayuda, aún sin saberlo.

—¿Quieres que salgamos fuera, John?

Asentí en silencio y al instante, como en sueños, todo fue quedando atrás.

Fuera ya, encaré a Parris.

—Va a hacerle la autopsia, ¿verdad?

Me miró largamente antes de responder:

—Sí, es lo lógico en estos casos.

Tardé unos segundos en contestar.

—Correcto, «doc». Pero tenga en cuenta que voy al reclamar el cadáver para su entierro, ¿comprende?

Dijo que sí justamente cuando

O'Hara

me tomaba del brazo y empezaba a tirar de mí.

—Vámonos, John —dijo—. Hablaremos por el camino.

No contesté.

Alcanzamos el coche policíaco, nos introducimos en él,

O'Hara

dio una dirección que ni siquiera oí, y el vehículo se puso en marcha.

Rodamos en silencio por espacio de varios minutos hasta que el teniente lo rompió con una pregunta:

—¿No tienes nada que decirme, John?

Le miré de través.

—¡Cuernos, no! ¿Qué diablos quieres que te diga?

Encogió los hombros.

—¡Qué sé yo! —dijo—. Cualquiera cosa.

Para mí solo había una y se la dije.

—Muy poco es lo que hay que decir, Dick, ¿comprendes? Voy a matar al cerdo que hizo eso con Nora.

No se movió del asiento, no cambió de postura ni su rostro se alteró.

Simplemente me miraba y sin dejar de hacerlo, replicó:

—Es lo que esperaba que dijeras, pesquisa, y no me gusta.

—¿No...?

Sin contestar a mi pregunta formuló otra.

—¿Cuánto tiempo hace que no ves a Nora?

Lo miré de frente.

—Meses —repliqué devolviéndole la mirada—. Meses, pero no te puedo decir cuántos. No lo sé con seguridad. ¿Por qué?

Era una sencilla pregunta la mía, pero ambos, estoy seguro de ello, sabíamos que llevaba dinamita dentro.

—Bueno, la verdad es... —vaciló un poco y añadió—: Me estoy preguntando quién diablos lo hizo y por qué, John. Ésa es la verdad.

Lo era, pero sólo en parte, y ésa era otra de las cosas que ambos sabíamos.

Repliqué:

—Si lo que quieres darme a entender es que sospechas de mí, adelante, Dick. ¡Pruébalo!

Me miró de través.

—Yo no he dicho eso.

—No, desde luego, no, pero es una de tus geniales ideas, que te asaltó tan pronto como la reconociste, ¿no?

De nuevo dudó, y por fin soltó parte de la verdad de lo que pensaba.

—Bien, John, confieso que es así. Tú... estás separado de ella. ¿Es o no es así? Eras el único, que la policía sepa, que tenía motivos para desear su muerte, ¿verdad?

—Visto de ese modo —dijo sin perder la calma—, así es. ¿Algo más?

Fue a responder cuando el coche se detuvo, entonces miré por la ventanilla y me di cuenta de que nos hallábamos frente al edificio donde tenía instaladas mis oficinas.

—Nada más —respondió—, por ahora.

Le miré suspicaz.

—¿Debo darte las gracias, Dick?

No sonrió cuando dijo:

—No, por ahora no.

Abrí la portezuela preguntando:

—Entonces, ¿puedo irme?

—Sí, claro, pero antes escucha: Sé que te vas a meter en esto hasta el cuello, y por tanto deseo un informe detallado de todo lo que hagas y de lo que averigües, ¿comprendes?

—¿Y si no es así? —me atreví a preguntar.

—Me temo, aun sintiéndolo mucho, que perderás la licencia.

No respondí, abandoné el coche policiaco, crucé la acera y entré en el portal para ir directamente hacia el ascensor.

A la mañana siguiente leí el artículo del periódico, y no me gustó.

CAPÍTULO III

Era muy corto pero levantaba ronchas.

Es decir, y hablando con propiedad, me las levantaba a mí, e iba firmado por Darguicha. Sólo un nombre al final, sin apellido.

Darguicha y nada más que Darguicha.

«Crimen en la bahía —así empezaba—. Ayer de madrugada, fue descubierto el cadáver de una mujer cuando flotaba en la bahía. El de una mujer completamente desconocida. Posteriormente se sabe fue identificada como Nora Blay, de soltera, o Nora Latinguer de casada, esposa de uno de los más famosos detectives privados de San Francisco. Se sabe también, cosa que tampoco ignora la policía, que ambos, míster John Latinguer y esposa, jamás se llevaron bien. Como cosa lógica el público y yo nos planteamos una pregunta: ¿Quién la mató y qué motivos había para hacerlo? Esperamos que la policía concretamente el inspector

O'Hara

del departamento de Homicidios, de con la clave de este crimen, pasando por alto ciertas amistades de todos conocidas».

Era todo, más la firma.

Maldije entre dientes unas cuantas veces, abrí el cajón central de mi mesa despacho, extraje la botella de *whisky* y bebí directamente, sin molestarme en ir a buscar un vaso.

Cuando terminé de hacerlo mis pensamientos eran los de un asesino, palabra.

Volví mis ojos al periódico, lo tomé, y leí el artículo una vez más.

Fue entonces cuando me puse en pie, me coloqué la americana, me arreglé el nudo de la corbata, torcido en aquel momento, y me encasqueté el sombrero, guardé el periódico en el bolsillo de la americana y salí a la calle.

Una vez en el garaje tomé mi coche, empuñé el volante y me

encaminé directamente hacia Market Street, pero Darguicha Nabocov no se encontraba en su casa ni tampoco en la redacción de su diario como comprobé tres cuartos de hora más tarde.

Sin saber lo que hacer por el momento, puse rumbo a mi oficina.

Empleé el ascensor pensando en Jessica Warren y en el asesinato de mi esposa.

¿Quién, cómo y por qué?

Eran preguntas y más preguntas y sin una sola respuesta para ellas. ¿Qué sabía yo de Nora después que ella se fue de mi lado?

Luego Darguicha y las amenazas que había en todas y cada una de las palabras que había escrito en su artículo de aquella mañana.

Era echarme a los perros sin paliativos de ninguna clase.

¿Por qué?

Una nueva pregunta que me formulé justo en el momento en que di vista al pasillo, para olvidarla al segundo siguiente porque la persona que menos podía esperar ver allí, junto a la puerta que daba acceso a mi oficina, se encontraba recostada contra el marco, con la bella cabeza vuelta hacia mí.

No dije nada.

Rehecho un tanto, avancé ya con el llavín en la mano y se apartó a un lado para dejarme abrir.

Lo hice, me aparté a mi vez e hice un gesto.

—Pase, ¿quiere? —le dije.

No pronunció palabra cuando cruzó el umbral detrás ni en el momento en que sin esperar mi invitación se dejó caer en uno de los sillones.

Cabalgó una pierna y al verla pensé que aquello no hacía falta ni mucho menos pues la minifalda dejaba poco o nada para la imaginación.

Rodeé la mesa siempre en silencio y me senté.

—¿Puedo saber qué quiere de mí?

—Anoche volvieron a telefonar, pesquisa. Dijeron... dijeron que iban a terminar conmigo antes del amanecer del nuevo día. O sea, hoy mismo... y tengo miedo.

Era lo mismo que si no hubiera dicho nada, que si no se hubiera referido a mí para nada, en uno de sus artículos.

Fría, serena, observándome con sus grandes y rasgados ojos, fijos en mi rostro, sin un solo parpadeo.

Repentinamente me sentí en la necesidad de preguntar, por lo menos para saber a ciencia cierta qué es lo que se proponía:

—¿Y qué quiere que haga yo?

—Que lo evite.

—¿Cómo?

Darguicha arqueó una de sus finas y elegantes cejas.

—El cómo es cosa suya y no mía, pesquisa —dijo—. Pero le sugiero que venga conmigo y pase la noche en mi apartamento.

—¿Con usted?

Sus ojos chispearon.

—¿Viene? —Fue lo que preguntó.

Aquélla me daba pie para otra y la formulé.

—¿Qué ocurrirá si no lo hago, Darguicha?

La muchacha me miró sorprendida.

—¿Pero no lo sabe, míster Latinguer? Pues es bien sencillo. Si no desea que mis artículos continúen levantando basura en torno a usted, haga lo que le pido. Tiene de tiempo —se interrumpió para consultar su reloj y añadió—... cinco minutos. Ni uno más. ¡Piénselo!

—Eso es puro chantaje —dije.

Me sonrió.

—¡Claro que lo es, querido! —respondió sin perder la sonrisa.

Fingí que vacilaba, hasta que respondí:

—De acuerdo, ¿vámonos? Pero sólo por esta noche, muchacha.

Se puso en pie mascullando:

—¡Un cuerno, pesquisa! Nada de eso. Usted va a quedarse a mi lado hasta que tropiece con ese fantasma o hasta que me mate, ¿comprende?

La imité pensando en muchas cosas desagradables, pero de tantas, no dije ninguna.

—De acuerdo —eso fue todo, por mi parte—. Cuando quiera, Darguicha.

Avanzó hacia la puerta que abrió. Pasamos al pasillo, cerré a nuestra espalda y descendimos hasta la planta baja en el ascensor.

Usamos mi coche hasta su apartamento y ya en el *living*, observándonos mutuamente, pregunté:

—¿Por qué escribió eso, plumífero femenino?

—¿Eso...? ¿Qué eso?

Solté una maldición pero su hermoso semblante no se alteró ni poco ni mucho.

—Me estoy refiriendo a su artículo de hoy en...

—Sí, claro —me interrumpió. Hizo una pausa y preguntó—: ¿Y no fue usted el que la mató, míster Latinguer? A mi juicio es el único que tenía motivos para hacerlo.

—¿Sí...? ¿Por qué?

—Ella le dejó, ¿verdad?

No respondí.

Y no lo hice porque en aquel momento estaba pensando en el papel que me diera y que aún no había examinado, ni por curiosidad.

Y fue entonces, quizá por una rara asociación de ideas, cuando recordé a Jessica.

—¿Conoce a una mujer llamada Jessica? —pregunté.

—¿Jessica...? Jessica, ¿y qué más?

Hice una mueca.

—Jessica Warren.

Me miró con sorpresa.

Fingida o no, lo hizo así, y preguntó:

—¿Qué ocurre con Jessica, míster Latinguer?

Repetí la mueca punto por punto.

—Vino a verme. Deseaba... que la ayudara a usted. ¿Por qué?

Me miró pensativa.

—Son... cosas de Jessica. Es una buena muchacha, pero yo no la mandé a que le visitara, John —y me di cuenta de que ahora me llamaba por mi nombre—. No, no lo hice, aunque sí hablé con ella de esas llamadas.

—¿Y...?

—Bueno, supongo que teme por mí —vaciló por espacio de varios segundos y añadió—: En otra ocasión la ayudé mucho y ahora... desea pagar el favor. Le estoy muy agradecida —volvió a vacilar, esta vez muy poco ya que preguntó casi a continuación—: ¿Leyó el papel que le di?

Me tocó vacilar a mí, preguntándome si debía contestar o no con la verdad, hasta que decidí no hacerlo.

—Sí —dije.

—¿Y qué sacó en claro?

Hice otra mueca.

—Confieso que aún no lo sé, muchacha.

Arqueó una ceja.

—Por lo menos creí que habría sacado alguna conclusión.

—Es demasiado pronto, ¿no? —inquirí sin dejar de mirarla.

—Según cómo se mire, míster Latinguer.

Se puso en pie, movimiento que interrumpió lo que iba a contestar.

—Le pondré algo de beber, pesquisa —añadió.

No me dio tiempo a responder; dio media vuelta y se alejó dejándome solo.

Cuando regresó a mi lado y me dio uno de los dos vasos que llevaba, más que mediados de licor, con cubitos de hielo, se sentó frente a mí, y dijo:

—Le dije que...

—¿Por qué no mira ese papel, míster Latinguer?

Me sonrió, pero su sonrisa no me gustó ni poco ni mucho.

—Ya lo hice —dije.

—¿Sí...?

Algo en su tono que cambió ligeramente, me puso aún mucho más en guardia de lo que ya lo estaba, y no respondí.

Silenciosamente me limité a beber, ante la mirada inquisitiva de sus bellos ojos, y al terminar, como aquél que no quiere la cosa, llevé la mano al bolsillo superior de mi americana y saqué el papel que me diera.

Lo abrí.

Cuatro nombres y el de Nora Blay.

¡Nora!

Desvié los míos hacia ella. Su semblante estaba completamente serio e impasible como una roca pero adiviné que esperaba mi pregunta.

La formulé por no defraudarla.

—¿Dónde conoció a Nora? —pregunté.

—En esa fiesta, John.

Dejé transcurrir unos segundos de silencio antes de hacer una nueva pregunta.

—¿Qué fiesta?

—La que dieron los Barton aquella noche, en su casa de Argüello

Boulevard, con motivo del cumpleaños de *mistress* Brenda Barton. Su esposa se encontraba allí.

—¿Sí...? ¿Con quién?

Darguicha hizo una mueca, levantó su vaso, bebió lentamente y al terminar respondió:

—No le traje aquí para contestar a sus preguntas, míster Latinguer sino para...

La interrumpí.

—Fue usted la que me dio la lista... y también se encontraba allí. Diga, *miss* Nabocov, usted sospecha que uno de los componentes de la fiesta, es el que la está amenazando, ¿no?

—Yo no he dicho...

La interrumpí por segunda vez.

—De no ser así, querida, esos nombres jamás hubieran venido a mi poder. Conteste, ¿de quién sospecha?

Bebió por segunda vez hasta terminar con el contenido del vaso y respondió:

—Va a cobrar diez de los grandes... por eso, pesquisa. En cuanto a mis sospechas, se reducen a cero, aparte, claro está, de que su esposa estuviera mezclada en esto, contando con que estuviera viva que ya no lo está y... y... perdone si le dije eso. La verdad es que no lo deseaba en modo alguno.

—¿No...? —pregunté.

—No, desde luego no, y por favor, no se muestre desagradable. Creo que nos quedan muchas horas de estar juntos y tenemos que pasarlo lo más agradablemente posible.

Estuve tentado de mandarla al cuerno pero no lo hice.

Me limité a consultar el reloj y luego a mirarla a los ojos.

—Bien —dije, quizá en contra de lo que ella esperaba que dijera—. Ya que estamos aquí, y visto de ese modo, ¿qué papel represento yo?

—El que quiera, siempre que deje de mirarme con esos ojos... ojos... tan... tan...

—¿Impertinentes?

—Sí, claro, ¡eso es!

No respondí.

Me puse en pie, y al instante vi sus ojos fijos en los míos, llenos de sorpresa.

—No se marchará, ¿verdad?

Hice una mueca.

—¿Por qué no, preciosa? —pregunté, añadiendo quizá un tanto brutalmente—: La muerte, si es que le llega, vendrá en su busca esta noche, y yo no estaré aquí.

—Eso no fue lo...

—No, desde luego no, pero he pensado otra cosa, *miss* Nabocov. Ahora, si quiere continuar emborronando cuartillas a mi costa, tome su coche y vaya a la redacción de su periódico. Lo compraré mañana para ver lo que dice.

Di media vuelta y me acerqué a la puerta.

Justamente cuando hice ademán de abrir, Darguicha me prendió de un brazo.

Ladeé la cabeza para mirarla.

—¿Y...?

—¿Por qué no deja que vaya con usted, míster Latinguer?

—Prefiero ir solo.

—¿Sí...? ¿Y por qué? Vamos, no sea... no sea estúpido. Sé que le gustan mis piernas y...

—¿Quiere irse al diablo de una vez, querida?

No esperé a que me respondiera.

Abrí la puerta, salí al pasillo y caminé hacia el ascensor.

Tomé el volante de mi coche y conduje con el pensamiento puesto en Nora y en las extrañas circunstancias que nos separaron.

Nora, que tenía la virtud de desquiciarme los nervios apenas si abría la boca; exactamente como Darguicha, y no obstante...

Dejé de pensar tan pronto como alcancé Argüello Boulevard, detuve el coche junto al filo de la acera y consulté el papel.

Número 680, apartamento 118, letra A.

Una vez más detuve el automóvil, junto al bordillo de la acera, y descendí.

Entré en el portal, consulté la tablilla indicadora y utilicé el ascensor para subir.

En la puerta vacilé un poco y acto seguido elevé la mano y pulsé el zumbador.

Esperé.

Cuatro o cinco segundos, pero ni uno más, y aquélla se abrió enmarcándola en el umbral.

Minifalda, mucho más corta que la de Darguicha, piernas de ensueño y... todo lo demás que era bastante, sobre el cuerpo no menos hermoso de una detonante rubia.

¿Por qué todas las rubias lo son?

No pude contestarme a mi propia pregunta ya que en aquel momento ella empezó a hablar:

—¿Se le ofrece algo?

La miré a los ojos.

Verdes y grandes, rasgados.

—Unas cuantas preguntas, si puedo.

—¿Periodista?

—No —respondí—. Ningún periodista vendría a hacerle preguntas sobre un asesinato.

Me miró con inusitado interés.

—¿Policía?

Podía mentir pero sin saber por qué no lo hice.

—No oficialmente —respondí.

No lo esperaba, pero se apartó de la puerta y con ademán de su mano derecha me invitó a entrar.

Cerró a nuestra espalda y dijo:

—Por aquí, por favor.

El living.

Necesariamente tenía que ser allí adonde me condujese, y lo hizo; y por segunda vez efectuó un ademán hacia mí, pero ahora para que me sentara en uno de los sillones.

Obedecí en silencio, mirándola.

Se sentó a su vez, cabalgando una pierna sobre la otra y sin poderlo evitar pensé que las minifaldas tenían tendencias particulares.

Pero ¿eran todas, o sólo aquélla?

Tampoco pude contestarme pues en aquel momento preguntó:

—Detective privado, ¿verdad?

Creo que me sobresalté.

—Sí —afirmé fríamente—. ¿Cómo lo sabe?

Siguió una larga pausa en el transcurso de la cual ambos nos miramos fijamente hasta que de un modo repentino la rompió, presentándose:

—Me llamo Brenda Barton, como creo que ya sabe. Usted es...

míster Latinguer, ¿no?

—Podría preguntarle, una vez más, que cómo lo sabe. ¿Es o no es así?

No sonrió cuando dijo:

—He leído la Prensa y sé que mataron a Nora y que Nora estaba casada con... con... un...

—De acuerdo —la interrumpí—. ¿Qué sabe de Nora? ¿De qué la conocía usted?

Arqueó una ceja.

—No estará pensando que yo la maté, ¿verdad?

Hice una mueca.

—Confieso que aún no sé qué pensar de todo esto, *mistress* Barton. La policía y cierta periodista creen que lo hice yo.

—Llámeme Brenda —respondió—. En cuanto a lo demás, si lo piensan así, es porque son un par de imbéciles.

—¿Sí...? ¿Por qué? ¿Y si efectivamente la maté yo? Tenía motivos, ¿no?

—Tal vez, pero usted no lo hizo, míster Latinguer.

Me dejó de una pieza, por lo que no respondí, dejando toda la iniciativa a *mistress* Barton.

—Es todo lo que puedo decirle al respecto —añadió ella, como si adivinara mis pensamientos.

Dejé transcurrir unos segundos de silencio pensando que de seguir de aquel modo la conversación no conduciría a ninguna parte, y entonces, al llegar a esta conclusión, repetí:

—¿De qué conocía a Nora, Brenda?

—Me la presentaron hace un par de meses, John.

—¿Quién?

Entrecerró los ojos y respondió:

—Confieso que ahora no me acuerdo, John. Y es... es verdad.

Le miré de hito en hito preguntándome si mentía o no, a pesar de que afirmaba lo contrario, y formulé una nueva pregunta:

—¿Con quién vino Nora a esta fiesta? Eso sí lo recuerda, ¿verdad?

—Sí, claro —frunció el ceño y añadió—: Joss Hamilton la trajo.

—¿Dónde puedo verle? —pregunté a pesar de que Hamilton constaba en el papel que Darguicha escribiera.

—Bueno..., frecuenta un club nocturno que hay muy cerca de

aquí. El Palas.

—Sé dónde está, Brenda. —Hice una pausa y formulé, quizá la última pregunta del día, por lo que a ella respecta—: Dígame, ¿en qué consistía su fiesta?

Arqueó una ceja y me miró con asombro.

—Fue... una fiesta de cumpleaños, si me entiende usted. Además, hubo un pequeño desfile de modelos. Jack... Jack es mi esposo, John, y entre otras cosas quiso regalarme un vestido.

—¿Qué casa fue la que envió a sus muchachas?

Abrió mucho los ojos y adiviné sin esfuerzo que se estaba preguntando dónde diablos quería yo ir a parar con todas aquellas preguntas, hasta que por fin respondió:

—Una que hay instalada en el 880 de Skyline Boulevard, cerca del Zoo.

Al parecer todo giraba alrededor de un mismo punto, por lo que pregunté:

—¿Conocía a alguna de las modelos que enviaron?

Me miró pensativa.

—En eso, John, voy a defraudarle a usted.

—Bien, sé que vino una periodista, ¿quién la invitó?

—No lo sé, aunque creo que mi esposo, pero tampoco es seguro —frunció el ceño y añadió al cabo de unos segundos que no interrumpí—: Ella sí conocía a una de los modelos. Las vi juntas en varias ocasiones, en el transcurso de la velada.

Me puse en pie y Brenda me imitó.

Abrió la boca para hablar, pero me adelanté a sus deseos, y ahora sí formulé la última pregunta:

—Cuando Nora abandonó su fiesta, Brenda —dije—, ¿quién la acompañaba?

—Joss —dijo sin una vacilación—, pero no quiere decir...

—¡Ya lo sé! —La interrumpí fríamente—. Gracias por todo.

Me volví hacia la puerta, llevándola detrás, con lo que ambos, el uno tras el otro, alcanzamos la que daba acceso al pasillo.

—Gracias, Brenda —repetí volviéndome hacia ella.

Me sonrió, me tendió la mano y nos despedimos.

La última visión que tuve de su figura fueron sus deliciosas piernas apenas cubiertas por la minifalda, justo cuando el ascensor en que me encontraba empezaba su descenso hacia la planta baja.

Salí a la calle, alcancé mi coche, abrí para entrar, y desde el asiento contiguo al del volante, ella comentó:

—Le seguí en un taxi... Es decir, vine en él, porque sabía dónde podría encontrarle. Vi el coche, se dejó las portezuelas abiertas, por lo que entré.

Maldije entre dientes, pero no se estremeció.

Me instalé a su lado, frente al volante, y antes de arrancar la miré.

—¿Puedo saber qué hace aquí?

—Seguro. Seguirle a usted..., que me va a llevar al reportaje más sensacional de mi carrera.

—Se cree un «plumífero» muy listo, ¿verdad?

Me mostró sus dienteillos menudos e iguales, exageradamente blancos en una sonrisa.

—No lo crea, John. Es... que no me gusta quedarme sola. ¿Se ha fijado que empieza a anochecer?

Era verdad, pero no hice caso.

Sencillamente me limité a responder:

—Tengo trabajo, ¿comprende? Por tanto, voy a llevarla a su apar...

Me interrumpió.

—¿Se sentiría menos molesto si me besara, John?

La miré a punto de soltar una nueva maldición y me estaba sonriendo entre burlona y prometedora por lo que me incliné sobre sus labios.

Darguicha entrecerró los ojos cuando llevó los brazos a mi cuello y correspondió a la caricia con un ardor que me dejó momentáneamente perplejo.

Al separarse de mis brazos preguntó:

—¿Va a llevarme con usted?

—¿Para qué?

—No quiero estar sola —y su rostro se nubló—. Y... y... le prometo ser una buena muchacha y estarme quietecita donde me diga, sin molestarle. Después, en mi apartamento, me irá diciendo todo lo que pasó.

La miré y dije con el deseo expreso de molestarla:

—¿No teme que la vuelva a besar, Darguicha?

Se volvió para mirar por la ventanilla; embagué creyendo que

no contestaría, pero lo hizo justo cuando empezaba a despegar el coche del bordillo de la acera, sorprendiéndome una vez más:

—Nadie va a discutirle ese derecho, John —dijo.

—¡Cuernos! —maldije y añadí—: ¿Puedo saber por qué?

A través del espejo retrovisor vi que me miraba.

—Si le dijera eso, pesquisa, sabría tanto como yo.

No respondí.

Había muchas cosas que no me cabían en la cabeza y aquélla era una de ellas.

CAPÍTULO IV

Era completamente de noche cuando alcancé Park Presidio Drive.

687, apartamento 14, letra G.

Utilicé el ascensor.

La mujer que me abrió la puerta me dejó completamente mudo por espacio de varios segundos, y aún no hubiera reaccionado de ser por ella, que dijo apenas verme:

—¡Usted!

Ya no usaba minifalda.

La había cambiado por irnos pantalones en forma de campana y sus zapatos de tacón plano llevaban hebillas doradas.

—¿No va a dejarme pasar? —pregunté, rehecho un tanto de mi sorpresa.

—Joss no está aquí. Por tanto...

La interrumpí.

—Si lo prefiere, preciosa, puedo irme, y ponerme en contacto con el teniente

O'Hara

del departamento de Homicidios. A él le abrirá la puerta, muchacha.

No respondió, pero se apartó a un lado.

Ahora no me llevaron a un nuevo *living*, sino a una salita de estar amueblada con un lujo discreto y elegante.

Siempre en silencio me indicó que me sentara y lo hice sin dejar de mirarla.

Me imitó, haciéndolo frente a mí, y preguntó:

—Y bien, míster Latinguer, ahora que sabe que Joss no está, ¿qué es lo que quiere de mí?

Había muchas preguntas que formular, pero de todas, sólo hice una.

—¿Vive usted aquí?

Jessica Warren arqueó una de sus cejas.

—¿Qué puede importarle a usted eso, pesquisa?

—Desde luego nada, preciosa —dije—. Ya es usted mayorcita.

Me puse en pie y me miró con estupor.

—¿Se... se marcha?

—Sí, si me dice dónde puedo encontrar a Hamilton.

—Míster Hamilton no es mi amante.

—Nunca dije que lo fuera, muchacha.

—Pero lo está pensando, y no me gusta. Si vine aquí fue por... por... Por algo que a usted no le importa, ¡cuernos!

—De acuerdo, no me interesa —dije—. Y ahora que estamos de acuerdo, ¿dónde puedo encontrarle?

—Eso es algo que no voy a decirle, porque no lo sé.

Pensé en Darguicha que, fiel a su palabra, me aguardaba en el coche y respondí:

—Tengo medios para averiguarlo, querida.

—¡Pues hágalo, y déjeme en paz!

Hice caso.

Como chico bien educado, según decía mi abuelita, que era yo, claro, di media vuelta y me acerqué a la puerta. Jessica vino detrás.

La abrí y la miré.

—Una última pregunta —dije—, ¿conocía a una mujer llamada Nora Bley?

—Era la esposa de usted, ¿no?

—Sí.

—Sí, la conocí. Míster Hamilton me la presentó una vez..., no recuerdo dónde.

—¿Qué relaciones les unían?

—Eran amigos.

—¿Muy amigos?

Me miró suspicaz.

—Eso, míster Latinguer —dijo lentamente—, tendrá que preguntárselo a míster Hamilton. No son cosas que me importen, ¿comprende? La asesinaron, ya lo sé, pero poco o nada puedo añadir a lo dicho. Si había algo más que una simple amistad por parte de los dos, no lo sé ni me importa. ¿Comprende?

No respondí, crucé el umbral y sin volver la cabeza alcancé el

ascensor.

Darguicha se encontraba donde la dejé, en el interior del coche, fumándose uno de mis cigarrillos, del paquete que había en el interior de la guantera.

Me senté a su lado e inmediatamente rompió el silencio.

—¿Y bien...?

—No pude ver a Hamilton.

—¿No...? Entonces, ¿cómo ha tardado tanto?

Puse el coche en marcha y respondí con otra pregunta.

—¿Qué le parece, «plumífero», si la llevo a cenar al Palas?

—¿Por alagarme a mí, o por admirar las piernas de las coristas?

No repliqué.

Darguicha también calló por lo que hicimos el viaje de ida en el más completo silencio.

El Palas.

Un club nocturno como otros muchos en Frisco donde no era necesario vestir de etiqueta.

Nos sentamos en una de las mesas, muy cerca de la encerada y circular pista donde se encontraban bailando algunas parejas, y fue aquél el momento preciso que Darguicha escogió para volver a la carga:

—¿Quién había en el apartamento de Joss Hamilton, querido?

—Una amiga tuya —dije—. Adivínalo.

Y fue entonces cuando me di cuenta de que la estaba tuteando.

No pareció molesta, ya que respondió en el mismo tono:

—Apuesto a que era Jessica... y que te sorprendiste al verla.

Sin responder a aquello pregunté:

—¿Amantes?

—No lo creo.

Vacilé.

Vacilé mucho antes de formular la siguiente pregunta:

—¿Qué había entre Nora y Hamilton, Darguicha? Tú lo sabes.

—Eran amigos. Como también lo era de la familia Barton. —Volvió sus ojos hacia los míos y añadió—: Nora era una buena muchacha, John. Es todo cuanto te puedo decir de ella, además de que también frecuentaba este club.

—Con Hamilton, ¿verdad?

—Con él, con los Barton, y con algunos más.

Hice un esfuerzo antes de decir:

—¿Había algún hombre, Darguicha? Comprendes lo que...

—Sé lo que quieres decir, y la respuesta es no..., aunque quizá hubiera alguno que hubiera dado cualquier cosa por poder afirmarlo así.

—Dime uno, pequeña —pedí.

Encogió levemente los hombros y se puso en pie.

—Eso es algo que no sé, John. Nora no hablaba mucho de sus cosas, por lo menos conmigo. —Hizo una ligera pausa y preguntó—: ¿Me invitas a bailar?

—¿Tan pronto quieres que te tome entre mis brazos, aunque sea bailando?

No se enfadó.

—¡Pues claro que sí, amor! —contestó—. Es... lo mejor que puede ocurrirle a una chica...

Tiré de ella hacia la pista, interrumpiéndola.

Bailamos estrechamente abrazados por espacio de varios minutos hasta que en una de las vueltas noté cómo Darguicha se tensaba entre los míos y luego, casi al instante, exclamó:

—Ahí lo tienes —dijo.

—¿Quién?

Traté de seguir la dirección de su mirada, pero no lo conseguí, en tanto ella me daba la respuesta:

—Joss Hamilton. Se encuentra en la barra. —Hizo una ligera pausa y añadió—: Te lo presentaré tan pronto como terminemos de bailar. ¿No es eso lo que deseabas al traerme aquí?

No respondió.

Me limité a besarla suavemente junto a uno de sus pendientes, me miró con sorpresa, y acto seguido me ofreció los labios que también besé, justo en el momento en que la pieza terminaba.

Del brazo la llevé a la mesa, y desde allí, antes de sentarse, Darguicha, hizo un gesto hacia la barra del mostrador.

—Aquel rubio que hay a un extremo bebiendo en solitario —me miró burlona y preguntó—: ¿Quieres que le invite a nuestra mesa, querido?

Asentí en silencio, me dejé caer sobre una de las sillas mientras Darguicha daba media vuelta y se alejaba por entre las mesas.

Examiné al rubio Joss Hamilton.

Joven, de no más treinta años, de tipo atlético, y de ojos negros (esto lo supe después, claro, tan pronto como Darguicha lo trajo a mi lado), elegante y con una sonrisa que desquiciaba los nervios por su petulancia.

Lo vi hablar animadamente con Darguicha y luego cómo ambos, muy juntos, se acercaban a la mesa.

No me levanté ni cuando me tendió la mano que estreché en silencio, haciendo con la otra una seña para que tomara asiento.

Lo hizo, me miró, y soltó al cabo de unos segundos:

—Conocí a su esposa, míster Latinguer —dijo—. Siento lo que le ocurrió.

Ni siquiera di las gracias.

Me interesaban más otras cosas y por tanto pregunté:

—¿Mucho, míster Hamilton?

Arqueó levemente una ceja, miró a Darguicha, me miró a mí, y respondió:

—Sí, mucho. Eramos buenos amigos —guardó silencio por espacio de unos tres a cuatro segundos y disparó—: No obstante, yo no la maté.

—¿No...?

Me miró fijamente.

—No. No tenía motivos..., lo que no ocurre con usted, pesquisa.

—Quizá no, míster Hamilton, por el momento. Y voy a investigarlo. Usted la llevó a la fiesta de los Barton y luego salieron juntos. ¿Puede decirme qué ocurrió después?

—La acompañé a su apartamento, pero no subí con ella.

—¿Quién le vio a usted?

Me sonrió.

—Nadie. Es sólo mi palabra. Como ve, el sospechoso ideal de toda novela policíaca. No tengo coartada, y espero que Darguicha tampoco la tenga. Con eso haremos dos... en el mismo caso.

Le miré a mi vez, con sorpresa.

—¿Darguicha...? ¿Por qué?

Volví mis ojos hacia ella.

Me estaba sonriendo.

—Yo no la maté, John —dijo antes de que lograra preguntarle—. Lo mismo pude hacerlo porque la odiaba, cosa que saben todos, como pudo hacerlo el propio míster Barton.

—¿El? ¿Por qué? —repetí.

Pero la respuesta me la dio Hamilton.

—También pudo hacerlo Cleire Bloom.

No pregunté nada.

Pensaba.

Al parecer, todo el mundo tenía motivos para desear asesinarla, incluso yo, mal que me pesara, de lo cual me estaba enterando en aquel momento.

Hasta Darguicha.

Pero ella, ¿por qué?

Sin dejar de pensar, formulé la pregunta de rigor:

—¿Dónde la conoció, míster Hamilton?

—Aquí. En la barra, una noche, y de esto hace un par de meses. La abordé, bebimos y bailamos juntos y poco a poco hicimos una buena amistad. Eso es todo lo que respecta a *mistress* Latinguer. Por lo menos por mi parte.

No respondí en unos segundos.

Pensaba en que quizá por parte de él fuera todo, pero no por la mía, y no obstante formulé una pregunta diametralmente opuesta a lo que estaba pensando:

—¿Qué quiso decir respecto a míster Jack Barton?

Una vez más, Hamilton miró a Darguicha que se mantenía silenciosa y con los ojos fijos en los bailarines que había en la pista, y al regresarlos a los míos respondió:

—Barton bebía los vientos por Nora, pesquisa, y *mistress* Barton lo sabía.

—¿Qué prueba eso según usted? —pregunté.

Pero tampoco era aquello lo que deseaba decir.

—Nada... y quizá mucho, como ya le dije.

—¿Y de Cleire Bloom? —dije pensando en que aquél era otro de los nombres que la propia Darguicha me había dado.

—Eso, pesquisa, se lo tendrá que preguntar a ella, si es que quiere contestarle.

Se puso en pie mucho antes de que pudiera responderle e intuí que Darguicha había vuelto la cabeza para mirarle.

—¿Y no será que usted, Hamilton, la llevó a su apartamento como me dijo, tomó unas copas con ella y por una u otra causa, que aún no llego a adivinar la envenenó? Una vez hecho esto le fue fácil

sacar el cadáver por la escalerilla de emergencia y lanzarlo a la bahía. Si no me equivoco, usted tiene coche, ¿no?

Sonrió, y fue en aquel momento cuando me entraron ganas de levantarme de la silla para abofetearle, pero me contuve.

—Cierto que pudo ser así, pesquisa, y a usted le toca probarlo. A usted y a ese teniente amigo suyo. Estuvo molestando bastante, y sé que me vigila —se encogió de hombros y añadió cuando ya empezaba a alejarse—: Tenga cuidado con ese «plumífero femenino», míster Latinguer. Puede que ella sepa muchas cosas más que indudablemente no le ha dicho.

No me dio tiempo a responder.

Dando media vuelta se alejó por entre las mesas y las parejas que buscaban un sitio desocupado, en dirección a la puerta de la calle.

Miré a Darguicha.

La muchacha me observaba a su vez, fijamente, y de los dos fue la primera en formular una pregunta:

—Vamos, John —alentó suavemente—, ¿por qué no dices lo que estás pensando?

—¿Adelantaría algo?

—Eso no lo sé. Depende de lo que desees...

Mi respuesta y el final de su frase los interrumpió la presencia de una de las meseras llevando los primeros platos de la cena que habíamos encargado.

Empezamos en silencio y continuamos del mismo modo hasta que casi al terminar decidí cortarlo y lo hice con una pregunta:

—Dime, Darguicha —dije—, ¿qué había entre tú y Nora? Tú dijiste que la...

—Sé lo que te dije, pesquisa, y no te mentí.

—Bien...

—No voy a decirte nada, ¿comprendes?

—No.

—Tanto mejor —me respondió, un tanto secamente.

Callé y continuamos cenando.

Al terminar, frente a sendas tazas de café, con los cigarrillos en las manos, tras lanzar una mirada a la pista, inquirí:

—¿Fue a causa de un hombre, muchacha?

—No voy a decirte nada, John.

—¿Ni si fuiste tú la que la mataste?

Esperaba cualquier cosa de ella, menos que me sonriera un tanto divertida.

—A esa pregunta ya le respondí, querido. Por tanto, ¿para qué continuar hablando de lo mismo?

No contesté.

Continué fumando en silencio hasta que ella lo rompió.

—Se está haciendo tarde, John..., pero tengo miedo de pedirte...

La miré de hito en hito.

—¿Qué ocurrirá si no te acompaño, muchacha?

No cambió de expresión y de diapason cuando replicó:

—Inténtalo, y lee mañana el *New York Times*. Mi bonito pellejo, para mí, vale bastante más que un asesinato más o menos, aunque la muerta se llame Nora Latinguer, ¿comprendes?

Me dieron ganas de retorcerle su lindo cuello, pero me las comí.

Y mientras tanto, ella aplastó la punta del cigarrillo contra el plato de la taza del café y se puso en pie.

—Me acompañas, ¿verdad?

No respondí.

Empezaba a chocarme su actitud para conmigo y algunas de las palabras que Hamilton pronunciara no hacía mucho danzaban en el interior de mi mente.

La imité y salimos muy juntos, pero sin rozarnos.

Era como si de un modo repentino una barrera invisible se hubiera interpuesto entre los dos, por lo que en silencio entramos en mi coche y lo puse en marcha, y no pronunciábamos palabra en todo el trayecto.

Veinte minutos más tarde lo detuve frente al edificio donde tenía su apartamento, descendí, lo rodeé por delante del motor y abrí la portezuela para dejarla salir.

Lo hizo sin sonreír, tal vez asustada como me había dicho, o quizá pensando en lo extraño que estaba resultando todo entre los dos.

Se detuvo en pie sobre la acera, vaciló un poco mientras ya cerraba la portezuela, y luego avanzó hacia la enrejada puerta que daba acceso a la escalera, mientras introducía la mano en el bolso para buscar las llaves.

El coche llegó antes.

Le vi aparecer por una de las bocacalles, silencioso y mortífero, con todas las luces apagadas, y de pronto, el rugido de su potente motor cuando se lanzó calle adelante ganando velocidad por momentos.

No grité, no dije nada, simplemente salté contra ella y ambos nos vinimos al suelo en confuso montón mientras que las balas se aplastaban contra la pared haciendo saltar el estuco sobre nuestras cabezas.

Cuando logré extraer la «Colt» de la funda de la axila, el coche doblaba la próxima esquina sobre dos ruedas, haciendo aullar las cubiertas sobre el asfalto.

De los dos, fui el primero en ponerme en pie y entonces la ayudé a levantarse.

Darguicha estaba horrorosamente pálida y sus ojos, antes brillantes, se me mostraban mortecinos.

La prendí por la cintura y casi la arrastré hacia la puerta de entrada.

Estaba temblando.

—Vamos, muchacha —alenté—, ya pasó todo.

No respondió hasta que ambos nos encontramos en el interior del ascensor.

—Es horrible, John.

Lo era.

Por lo menos para ella, por lo que no respondí, olvidado en aquel momento de todo lo que había escrito sobre mí, quizá porque en mi fuero interno la comprendía.

Comprendía su posición a pesar de que lo mismo que me buscó a mí, pudo hacerlo con otro. En San Francisco, los «privados» se podían contar por miles.

Sus siguientes palabras rompieron el hilo de mis pensamientos.

—Pon algo para beber, John.

La miré, de pies a cabeza, forcé una sonrisa y respondí:

—Un *whisky*, ¿no? Creo que te está haciendo falta.

Darguicha asintió en silencio y volviendo la espalda me encaminé al mueble bar y de allí al frigorífico.

Se encontraba en pie cuando regresé a su lado, un poco menos pálida pero tan nerviosa como en un principio.

Le di uno de los vasos y bebió ávidamente.

Al terminar, sin dejar de observarla, pregunté:

—¿Por qué no me dices toda la verdad, muchacha?

—¿La ver...? ¿Qué verdad es ésa, John?

—¿Quién te amenaza, Darguicha, y por qué? Tú lo sabes —acusé abiertamente.

Abrió mucho los ojos mientras se me acercaba.

—Pero, John...

Había reproche en su voz cuando pronunció aquellas palabras por lo que pregunté una vez más, tomándola de la cintura:

—¿Y no es así, querida?

—Pero, John... Tú... tú estás loco, querido.

No tuve tiempo a responder porque ella, empinándose sobre la puntera de sus zapatos de alto tacón unió sus labios a los míos en tanto rodeaba mi cuello con sus brazos.

Luego ya no quise pensar, ni pude.

CAPÍTULO V

Me estaban esperando en mi despacho.

Por orden correlativo, pero no vi a ninguna de las dos personas hasta mucho más tarde.

Hasta el mediodía o algo más tarde, porque antes, aquella misma mañana, había algo que me interesaba mucho más. Cleire Bloom.

Abandoné a Darguicha sobre las diez de la mañana, después de una ligera discusión, tomé el volante de mi coche y conduje hasta la Séptima Avenida.

Esperé frente a la puerta de aquel edificio destinado para oficinas.

Una media hora más tarde, la vi salir.

Sabía dónde iba, con precisión matemática, por lo que descendí del coche y fui tras ella, admirando el suave balanceo de sus caderas y el movimiento de sus piernas, esbeltas y largas, que la cortísima minifalda ponía de manifiesto desde algo más arriba de medio muslo.

Tres minutos más tarde me coloqué a su altura.

La vi ladear hacia mí su hermosa y altiva cabeza rubia, el ramalazo brillante de sus negros ojos, y continuó andando como si tal cosa.

Me sentí decepcionado, palabra.

No obstante, pregunté:

—Cleire Bloom, ¿verdad?

Se detuvo en seco y me enfrentó.

Ojos luminosos, obsesionantes, como lo era toda ella, desde su roja boca, sus senos redondos y orgullosos, hasta los diminutos pies calzados con zapatos de alto tacón.

—¿Quién es usted? —preguntó a su vez.

—Un tipo al que le gusta hacer preguntas —respondí—. Para

otros, soy simplemente John Latinguer, investigador privado.

Sonreí.

Cleire no devolvió la sonrisa, pero sí dijo:

—Venga, es aquí cerca.

Continuamos andando en silencio, yo sin dejar de observarla y ella con los ojos fijos cualquiera sabía dónde, pero sin mirarme.

Entramos en un bar, no recuerdo cuál, y nos sentamos en una de las mesas, en un apartado rincón.

Café con leche y unos bollos.

Eso fue lo que pidió.

Y mientras lo preparaban nos miramos, el uno muy cerca del otro, en silencio, durante unos segundos, y supe qué iba a ocurrir, allí, en aquella solitaria mesa, sin testigos y sin que, como digo, pronunciáramos palabra alguna.

Repentinamente le vi sonreír y cómo alargaba hacia mí su cuello de cisne, y me incliné a mi vez.

Fue un beso suave pero largo, y de: los dos, el primero que se separó fui ya.

No dijimos nada empero.

Continuamos en el mismo silencio de un principio hasta que le hubieron servido la consumición.

Entonces, cuando la mesera y sus piernas nos dejaron solos, Cleire lo rompió diciendo:

—Dispare, pesquisa; le escucho.

No vacilé.

Mal que me pesara no lo hice, y solté casi de inmediato la primera pregunta de la serie y sin andarme con tapujos:

—¿Por qué odiaba a Nora, *miss* Bloom?

—Llámeme Cleire —respondió para añadir casi a continuación

—: ¿De veras quiere saberlo, pesquisa?

—Sí.

Bebió un sorbito de café con leche antes de responder:

—No me gusta hablar mal de los muertos, pero Nora... Bueno, era demasiado Nora si me entiende usted, míster Latinguer.

—No, no la entiendo a usted, Cleire —respondí.

La vi vacilar, pero al fin lo soltó.

—La odié que... desde que... me quitó algo que era muy mío.

—¿Sí...?

Me miró, mordió uno de los bollos, masticó cuidadosamente y continuó:

—Así es, pesquisa. Cierto que esto fue mucho antes de que se casara con usted, pero ocurrió.

—¿Un hombre...?

—Sí, claro.

Callé por espacio de varios segundos más, hasta que pregunté:

—¿Quién es ese hombre, querida?

Y estuve a punto de saltar cuando respondió:

—Joss Hamilton, míster Latinguer.

—Nunca sospeché que le conociera.

—¿Por qué no? Nos movemos en el mismo círculo —respondió.

Era verdad.

Un círculo, y así era aquello.

Todo giraba alrededor de sí mismo y por tanto nada tiene de extraño que respondiera con una nueva pregunta:

—¿Amantes?

—¿Quién? ¿Joss y yo?

—Sí.

Clavó los ojos en el plato y respondió:

—Sí, así fue, hasta que Nora se metió por medio, para más tarde dejarle tirado como a una colilla, tan pronto como tropezó con usted. Se casaron para al final... Bueno, Nora siempre deseaba más. Quizá por eso dejara a Hamilton. El no es hombre que busque a una mujer para proponerle el matrimonio.

Recordé a Brenda Barton cuando pregunté:

—¿La mató usted, Cleire?

Me miró de frente, obsesionándome, igual que siempre, con el brillo de sus grandes y rasgados ojos negros.

—No, pesquisa —dijo—, no fui yo. La odiaba, sí, pero eso ya no cuenta. La odiaba, repito, pero no hasta ese punto.

¿Había algo más que decir?

Me formulé una pregunta mientras que a mi lado, Cleire terminaba con su primer bollo y empezaba con el segundo. Entonces aventuré otra y ahora de viva voz.

—¿Qué sabe del matrimonio Barton?

Ladeó la cabeza para mirarme.

—Eran amigos de Nora.

—Sí, lo sé —dije—, pero ¿había algo más?

Su bello rostro de muñeca rubia se nubló.

—No soy yo quien deba decírselo, pesquisa, pero debe preguntar a míster Barton.

—¿Por qué? ¿Por Nora?

Cleire clavó los ojos en la taza de café con leche.

—Sí.

—En ese caso, ¿qué hay de ellos?

Respondió sin mirarme:

—Pregunte a Barton, y si le responde, quizá sea interesante para usted su respuesta.

Sabía que no me iba a decir nada más al respecto por lo que pregunté, cambiando ahora de conversación.

—¿Ha oído hablar de una periodista llamada Darguicha Na...?

Sus ojos, al clavarse en los míos, interrumpieron el final de mi pregunta:

—Frecuenta la casa de los Barton y el club Palas —dijo.

—¿Y qué más?

—Era la amiga de tumo de Hamilton.

Ahora sí salté sobre la silla en que me sentaba.

—¿Está segura?

—No, pero eso es lo que se dice.

Pensé en Nora, en Brenda, en la muchacha que tenía a mi lado, observándome ahora atentamente, y respondí:

—Diga, Cleire, esto, ¿lo sabía Nora?

Me entendió mejor que yo creía, ya que respondió, ahora sin tapujo alguno:

—Nora no fue la amante de Hamilton, pesquisa. Cuanto más pronto se quite eso de la cabeza mejor —me sentí aliviado mientras ella proseguía—: Nora dejó a Hamilton, como le dije antes, ya que para ella no fue nada más que un capricho. Era una manera como otra cualquiera de divertirse a costa de los demás como ahora empezaba a divertirse a costa de...

Calló y me vi en la necesidad de preguntar:

—¿A costa de quién, Cleire?

Se puso en pie, y asombrado me di cuenta de que había terminado con su desayuno, y la imité:

—Eso, pesquisa —me respondió—, no soy yo quien se lo debe

decir.

—¿No...? ¿Se lo diría al teniente

O'Hara

del departamento de Homicidios?

Me mostró sus dientes blancos como perlas en una sonrisa.

—¡Inténtelo y lo sabrá, querido! —dijo girando hacia la puerta de la calle.

Maldije en voz baja, llamé a la mesera, sin ánimo de fijarme en sus piernas, pagué el desayuno de Cleire y fui tras ella.

Me estaba esperando.

—¿Me acompaña? —preguntó.

Dije que sí, la prendí de un brazo, notando que no protestaba por la confianza y ambos, en silencio, avanzamos hacia el lugar donde tenía el despacho ya que actuaba como secretaria de uno de los notarios más prominentes de San Francisco.

—Diga, Cleire, ¿no sospecha de nadie como de un posible asesino?

Formulé una nueva pregunta antes de llegar:

—No —contestó sin una sola vacilación.

Callé.

Pensaba, una vez más, en Nora, olvidado, por completo de Darguicha, del atentado que sufriera la noche antes, de sus cartas amenazantes, para hacerlo nada más que en Nora y en los motivos que alguien tuvo para asesinarla.

¿Los que Claire acababa de contarme?

Podía ser así.

Pero si estaba en lo cierto, de todos, ¿quién lo hizo?

Y sobre todo, ¿qué relación tenían las llamadas a Darguicha y el atentado sufrido? ¿Por qué quisieron asesinarla? ¿A causa de sus crónicas?

Ella me había hecho objeto de algunas y yo no había tenido ideas homicidas al respecto.

—Hemos llegado.

La miré, con un poco de sobresalto.

Cleire me estaba sonriendo y al mirarla a mi vez, no tuve más remedio que envidiar a Hamilton.

Me tendió la mano que estreché en silencio.

—¿Nos volveremos a ver?

No esperaba aquello, pero ella formuló la pregunta, sin desviar sus ojos de los míos.

—Sí —dije—. ¿Dónde puedo encontrarla, Cleire?

Su sonrisa se amplió.

—En el 550 de Bark Presidio Drive, piso octavo, letra G.

Dio media vuelta sin esperar respuesta y desapareció de mi vista dentro del edificio donde trabajaba.

Me volví a mi vez, en dirección a mi coche, y entonces la vi.

Muy cerca, con la portezuela abierta, y sonriéndome.

Me acerqué maldiciendo in mente.

—Te fuiste como un ladrón mientras dormía, querido —dijo tan pronto como llegué a su lado—, por lo que Darguicha está muy enfadada.

No respondí.

Entré en el coche, me coloqué frente al volante, y entonces dijo:

—Es muy hermosa, ¿verdad? Tiene más fachada y mejores piernas que yo. Dime, John, amor, ¿estás tratando de conquistarla?

Puse el coche en marcha y arranqué antes de contestar:

—¿Y qué si así fuera?

Se encogió de hombros y volvió la cabeza para mirar por la ventanilla.

Solté una nueva pregunta para ver si tenía más suerte:

—¿Puedo saber cuándo me vas a dejar tranquilo, querida?

Me miró.

Pude verlo perfectamente a través del espejo retrovisor.

—Nunca, por lo menos hasta que termine con mi reportaje... cuando tú, a tu vez, termines con ese asesino.

Se estremeció.

Ésa fue otra de las cosas que vi.

Callé, y por tanto continué conduciendo en silencio hasta que preguntó:

—¿Dónde me llevas? Éste no es el camino de...

—Es el de mi oficina —la interrumpí—, y espero que tan pronto llegue me dejes solo y te largues a la redacción de tu periódico. ¿O no tienes trabajo?

—¡Cierto que sí, querido, pero tengo mucho más miedo que ganas de trabajar! Por eso, y sólo por eso, me voy a quedar contigo. Un artículo se puede componer en cualquier parte de...

Seguí conduciendo sin responder, sin escucharle, pero en contraste pensando que parecía decir verdad cuando afirmaba que tenía miedo.

Detuve el coche en la acera opuesta, la prendí del brazo y empezamos a cruzar al otro lado.

Subimos en el ascensor, sin pronunciar palabra y alcanzamos el pasillo.

Entonces supe que tenía visita.

Una sola.

El tipo era alto, huesudo, atildado, rubio, y con todo el tipo de un actor cinematográfico.

Me preguntaba quién sería cuando Darguicha musitó a mi lado:

—Ahí tienes a míster Jack Barton, querido —se desprendió de mi brazo y añadió ante mi estupor—: Creo, amor, que voy a escribir ese artículo. Del resto, de lo que ocurra aquí, ya me lo contarás luego.

No me dio tiempo a responder.

Dando media vuelta, sin volver ni una sola vez la cabeza hacia atrás, para mirarme, Darguicha alcanzó el ascensor y desapareció.

Me volví hacia el que me miraba desde la puerta que daba acceso a mi oficina y avancé hacia allí buscando en el bolsillo la llave para abrir.

Lo hice, y entonces él preguntó:

—Míster Latinguer, ¿verdad?

—Sí —dijo—. Pase, ¿quiere?

Lo hizo hasta mi despacho donde le indiqué uno de los sillones para que se sentara.

Acomodándose en él continuó:

—Supongo que *miss* Nabocov ya le habrá dicho quién soy, ¿no?

A mi vez me senté detrás de la mesa y desde allí, sin dejar de observarle atentamente contesté:

—Sí, así es —hice una pausa y pregunté al cabo de unos segundos de silencio que Barton no interrumpió—: ¿Qué desea de mí?

No cambió de expresión cuando dijo:

—Es la misma pregunta que puedo hacerle yo, míster Latinguer. Según me dijo Brenda, usted fue a mi casa a...

—Hacer preguntas —completé fríamente—. Preguntas sobre el

asesinato de mi esposa. Sé que fue a su fiesta, y quiero saber quién la invitó.

—Joss Hamilton, pero antes contó con nosotros.

Vacilé un poco antes de formular la siguiente pregunta:

—Usted, míster Barton, ¿dónde conoció a Nora?

—En el Palas —respondió sin vacilar.

Todo, todo giraba en torno a aquel club nocturno y alrededor de los mismos personajes.

—¿Eran amigos?

Me miró suspicaz antes de responder con otra pregunta.

—¿Quién, Nora y yo?

—Sí —afirmé secamente.

—Lo éramos.

—¿Muy amigos?

—Si está buscando un motivo para cargarme con el asesinato, míster Latinguer, debo decirle que no lo hay. No por parte mía —se puso en pie, pero no me moví del sillón en que me sentaba, ni dejé de mirarle un solo segundo—. A Nora le gustaba coquetear con todos y luego burlarse y yo... no iba a ser la excepción de la regla, ¿comprende? Por tanto, si alguien creía tener un motivo para eliminarla, era mi esposa y no yo, y ella no lo hizo.

—¿No...?

—No, de ningún modo.

—¿Por qué?

Se volvió hacia la puerta, la abrió, y cuando creía que iba a cruzar el umbral sin responderme, ladeó la cabeza para mirarme y entonces lo hizo:

—Brenda y yo salimos aquella noche después de la fiesta, pesquisa, y tengo más de un testigo que nos vieron juntos como ya ha comprobado la policía —terminó de volverse hacia mí y añadió—: Busque por otro lado y déjenos en paz, ¿entiende? Es por eso por lo que vine. No deseo ni que me moleste ni que ronde alrededor de mi esposa, figón. Si la mataron... lo siento como el que más, pero nada puedo hacer.

No respondí.

Tampoco hacía falta que lo intentara ya que Barton, lo mismo que minutos antes hiciera Darguicha, acababa de irse cerrando la puerta a su espalda con sospechosa suavidad.

Abrí el cajón de la mesa y saqué la botella de *whisky* pensando en que alguien estaba mintiendo.

Era una mentira que yo había tenido delante de mis ojos sin verla. Una mentira que era la clave de todo y que ahora no podía recordar en modo alguno.

Levanté la botella y bebí directamente de su cuello, y al soltarla sobre la mesa le vi.

Recostado contra el marco de la puerta, con sus ojos fríos y duros fijos en los míos, y me preparé para lo peor, sin saber aún a ciencia cierta por qué.

—Pasa y siéntate, Dick —dije.

No me respondió pero hizo lo que le pedía.

Nos miramos en silencio, esperando, tampoco sabía qué, hasta que de un modo repentino empezó a hablar:

—Vi salir a míster Barton de aquí, John —dijo—. ¿Qué quería?

Hice una mueca y respondí con la verdad.

—Que no le molestara más. Ni a él ni a su esposa.

Siguió un silencio que se hizo pesado y que el propio teniente del departamento de Homicidios rompió:

—¿Qué has averiguado, John?

—Nada. Es decir —me corregí a mí mismo—; muy poco. Y ese poco se reduce a que alguien está mintiendo... y ese alguien quizá sea el asesino de Nora.

O'Hara

tardó bastante en contestar y cuando lo hizo me envaré sobre el asiento:

—Vas a tener que moverte muy rápidamente, John —dijo.

—¿Sí...? ¿Por qué?

Pero sabía la respuesta que me iba a dar mucha antes de que la pronunciara.

—Me están presionando desde arriba, John, y lo siento. Entre ellos, el fiscal del distrito, ¿comprendes?

No respondí de momento.

Meditaba.

Los nombres de Darguicha, Brenda, su marido, Jessica Warren, Hamilton, Cleire, danzaron en el interior de mi mente por espacio de varios segundos, sin resultado positivo, y entonces dije:

—Sospechan de mí con relación a ese asesinato, ¿verdad?

Hizo una mueca que podía ser una reproducción exacta a la mía anterior, pero que no lo fue ni mucho menos, y respondió:

—Eso es lo que quieren, John. Lamentó tenértelo que decir.

Formulé una pregunta:

—Y tú, Dick, ¿qué es lo que piensas al respecto?

—Lo que yo piense o deje de pensar, no cuenta *en* este caso. Quisiera que comprendieras eso.

—En ese caso, polizante —dije sin sonreír—, según tú, ¿qué tiempo me queda?

Abandonó el sillón y me miró fijo, muy fijo.

—Muy poco, John. Quizá hasta mañana, pero no más, ¿comprendes?

Se volvió en redondo, alcanzó la puerta, la abrió y desapareció de mi vista sin una sonrisa, sin una despedida, y lo que era peor, después de pronunciar aquellas palabras.

No obstante se lo agradecí.

Le conocía bien y adivinaba el enorme esfuerzo que le había costado presentarse en mi oficina para darme aquel aviso que muy bien podía costarle la carrera contando con que se averiguara y a mí me diera por abandonar San Francisco y con él los Estados Unidos.

Tomé la botella y bebí por segunda vez.

Pensando.

Nombres, hechos, palabras y detalles de las conversaciones que había sostenido con todas y cada una de las personas que giraban alrededor de aquel caso.

¿Quién, dónde y cuándo me habían dicho aquella mentira?

Y sobre todo, ¿qué clase de mentira fue?

Me puse en pie, tomé el sombrero y me lo encasqueté.

Unos minutos más tarde me encontraba conduciendo sin rumbo fijo hasta que, allá por Lincoln Way, decidí entrar en un bar para tomar un bocadillo y una cerveza.

Acomodado en la barra, frente a las dos cosas me dediqué, ¿cómo no?, a continuar pensando.

Darguicha; todo lo hablado con ella, el odio que siempre pareció sentir por mi expresado en su periódico con artículos de pésimo gusto, por lo menos para mí, y luego, la noche pasada con ella en su apartamento, exactamente como si nada de aquello hubiera

ocurrido y ahora... ahora, ¿qué?

Joss Hamilton; un hombre que cambiaba de mujeres lo mismo que yo de camisa o calcetines. El hombre que llevó a Nora a la fiesta de los Barton y que luego la abandonó con ella. Y en fin, el hombre que no tenía coartada.

Jessica Warren; una preciosa muchacha que trabajaba como modelo en una casa de alta costura, según me dijera y que tenía cierta amistad con el propio Hamilton. Pero nada más que amistad, y según sus propias palabras.

Cleire Bloom, una chiquilla con minifalda, buenas piernas, que fue amiga de Nora y que más tarde llegó a odiarla por causa de Hamilton. Siempre Hamilton...

Lentamente, barajando todo aquello en mi mente empecé a devorar el bocadillo y bebí mi cerveza con no menos lentitud.

Resultado: que cuando pagué lo consumido me encontraba en la misma situación que en un principio, pero pensando en Cleire, por lo que abandoné la barra y entré en una de las dos cabinas telefónicas.

Me costó sus buenos cinco minutos dar con el número del teléfono donde trabajaba, pero cuando conseguí la comunicación ella ya se había ido.

¿Dónde?, ¿a su apartamento?

Salí a la calle, empuñé el volante y fui hasta allí.

Cleire misma me abrió.

—¡Usted!

No respondí, di un paso y se apartó de la puerta.

Crucé el umbral, avancé por el pasillo mientras cerraba a nuestra espalda y alcancé el *living* con toda frescura. Fue entonces cuando dijo:

—Adelante, míster Latinguer. Pase, por favor, está en su casa.

No respondí.

Miraba alrededor mío.

Aparato de TV en colores, una radiogramola, y en fin, que su apartamento estaba mucho mejor montado que el de los Barton, puse por caso.

Me dejé caer en uno de los sillones y la miré.

—Venga acá —dije.

Se me acercó, la prendí por un brazo y tiré.

Sé inclinó sobre mí poniendo las manos sobre los brazos del sillón y entonces la besé en los labios. Correspondió, para preguntar a continuación:

—¿Sólo por eso ya se siente en su casa, pesquisa?

—No, ni mucho menos, pero se está bien aquí. Lo otro fue... una devolución de algo que me dio, ¿recuerda?

No respondió.

Se sentó frente a mí y la *negligee* de nylon que llevaba puesta se abrió por el centro y cayó al suelo formando pliegues azules.

La miré a los ojos que según juzgué era mucho mejor.

Me estaba sonriendo y sin dejar de sonreír preguntó:

—¿Y bien, pesquisa?

Una idea.

Una sola que podía o no dar resultado.

La formulé en una sencilla frase:

—Hábleme de Jessica Warren, Cleire, ¿quiere? Usted la conoce, ¿verdad?

Arqueó una ceja y preguntó a su vez:

—¿Qué le ha hecho a usted la amante de Hamilton, John?

Me sobresalté:

—¿Cómo dijo? Creí que era esa periodista, según usted misma afirmó.

—Bueno, eso fue antes de que se cruzara Jessica entre los dos. Verá —y al continuar hablando, me di cuenta de que Cleire había llegado a la misma conclusión que yo con respecto a Hamilton, y quizá desde mucho antes—: Joss es un tipo que cambia de mujer como yo de medias o usted de corbata o camisa, pesquisa. Ahora le toca el turno a Jessica Warren y luego, cuando se canse de ella, buscará a otra imbécil, ¿comprende? —hizo una pausa y añadió—: Con la única que fracasó a pesar de todos los pesares fue con Nora, como ya le dije, porque Nora tenía el suficiente talento para hacer bailar a todos los hombres alrededor suyo, sin concederles nada más que una sonrisa, y quizá por eso la mataron.

—¿Sí...? Explíquese, ¿quiere?

—Cualquiera de ellas, por odio, por despecho o simplemente por celos, la mató. Incluso yo misma pude hacerlo, ¿no? Hamilton fue para mí... En fin, eso es agua pasada y Nora murió. Y lo siento, pesquisa, lo siento mucho, y le repito una vez más que yo no la

asesiné.

Sabía que me estaba diciendo la verdad por lo que no respondí a aquello.

Me puse en pie y en el acto tuve sus sorprendidos ojos en los míos.

—Pero... ¿ya se...?

—Tengo una cita, muchacha —dije, en tanto que ella me precedía ya, hacia la puerta.

No me respondió hasta que llegamos, hasta que no puse la mano sobre el tirador.

—Sabe que puede quedarse si quiere, John —dijo.

Abrí la puerta.

CAPÍTULO VI

Al ir a cruzar el umbral, Cleire preguntó:

—¿Volveremos a vernos, pesquisa?

Me volví a mirarla.

—Es un riesgo el que voy a correr, querida —dije—, pero vendré todas las veces que pueda... —vacilé, sonreí a pesar de que malditas las ganas que tenía de hacerlo y continué tras unos segundos de silencio—: Por lo menos voy a hacerlo durante un año.

Me miró con los grandes ojos llenos de asombro.

—¿Y... y después?

—Quizá la pida en matrimonio. Como ve, es un riesgo, ¿no?

Vaciló.

Lo vi palpablemente, hasta que pregunto:

—¿A pesar de lo que le conté sobre mí misma?

Arqueé una ceja.

—Pero ¿de verdad que me contó algo, Cleire?

No esperé respuesta.

Di media vuelta y me acerqué a la puerta del ascensor.

Pulsaba el botón de llamada cuando ella dijo a mi espalda:

—Use para entrar el llavín que hay bajo el felpudo, John.

No respondí, tampoco me volví a mirarla, y cuando quise darme cuenta, con la mente hecha un verdadero caos, me encontré conduciendo a través del tráfico, cada vez más escaso a medida que avanzaba la noche, sin saber lo que hacer.

Sin rumbo fijo.

El Palas.

Un club como otro cualquiera.

Allí había terminado todo... o empezado aunque las apariencias parecían indicar que la cosa empezó con la propia Cleire, luego Darguicha, Jessica, Darguicha... Jessica... Darguicha... y una mentira.

Allí, en aquella mentira, como ya pensara en multitud de ocasiones, estaba la clave de todo.

Vi un bar, detuve el coche un poco más abajo, descendí y caminé hasta la barra.

—*Whisky* —pedí a una de las camareras.

Y no miré sus piernas, palabra.

Empecé a beber.

Darguicha... Jessica Warren... Hamilton... y vuelta a empezar.

Darguicha, Hamilton, Nora, Jessica y... ¡Cuernos! ¡Aquello era sencillamente monstruoso!

Miré el fondo del vaso buscando, quizá, de un modo inconsciente, la inspiración que me faltaba o la confirmación de la idea que acababa de asaltar mi mente.

Darguicha, Nora y sus artículos en el periódico, algunos de los cuales rebosaban odio hacia mí. ¿Cómo y por qué?

¿Por causa del que le profesaba a Nora?

Odio, celos, envidia o despecho al ver que ella siempre se interponía entre sus intereses y el de todas sus amigas, ganando siempre.

Pero, Jessica y Hamilton, ¿por qué?

Bebí el *whisky* y pedí otro.

Cleire y lo que me había contado. Aquello abría infinidad de posibilidades en torno al asesinato de Nora. Nuevas y terribles posibilidades... y

O'Hara

pidiéndome que me moviera aprisa, «Hasta mañana pero no más, John». Esto es lo que me había dicho refiriéndose a las sospechas que recaían sobre mí.

Eran de agradecer; eso desde luego.

Empecé a beber mi segundo *whisky*.

Lo mediaba cuando extraje unas monedas del bolsillo y las deposité sobre la barra.

Darguicha... ¡No! No podía ser de ningún modo y sin embargo...

Maldije en voz baja y decidido ya, consumí el resto del *whisky* y salí a la calle.

Una cabina telefónica.

Entré, tomé el auricular y disqué.

Darguicha ya se había marchado de la redacción.

Telefoneé a su casa.

El silencio fue la respuesta.

Y fue entonces cuando me dije a mí mismo que estaba cometiendo un error de bulto. Nada de telefonar, nada de... nada...

No debía alarmarla y para eso, nada mejor que ir a buscarla yo mismo, sin llamarla, con entera naturalidad.

Darguicha, Joss Hamilton y Nora.

Eso era todo.

Ahora bien, para lo único que no encontraba explicación posible era lo de aquellas llamadas y mucho menos el atentado sufrido en mi presencia, que corroboraba todo lo que me dijera al respecto.

Eso era algo que escapaba a mi comprensión, pero esperaba que Darguicha me lo dijera.

No la encontré.

Había salido de la redacción y sin embargo no había ido a su apartamento.

Frente al volante, con el cigarrillo en la mano, mirando el portal que daba acceso a la escalera, medité por espacio de varios minutos.

Darguicha no regresaba.

Nora, Darguicha y Jessica Warren.

Maldije entre dientes, puse el coche en marcha, di gas y arranqué a buena velocidad, pero procurando no salirme de las leyes establecidas para el tráfico.

No deseaba ser detenido por un patrullero, no en aquel momento.

Subí los escalones de tres en tres, alcancé el pasillo con los pulmones en la boca, a punto de reventar, me apoyé contra la pared, respirando afanosamente y extraje la automática de la funda de la axila, para

pasarla' al

bolsillo derecho de la americana.

Hecho esto me acerqué a la puerta que daba acceso a su apartamento.

Escuché pegando el oído a la madera.

Nada.

Silencio.

La tanteé esperando lo peor, pero se encontraba cerrada por lo

que, tras una ligera vacilación, introduje la mano derecha en el bolsillo, acariciando la fría culata de la «Colt» y pulsé el zumbador con la izquierda.

Esperé.

Fue muy poco.

Apenas treinta segundos y la puerta se abrió enmarcándola en el umbral.

Arqueó una ceja y sus ojos brillaron.

—¿Otra vez usted, pesquisa? —preguntó—: ¿Qué quiere ahora? ¿No cree que es demasiado tarde para...?

—¿Se lo pregunto aquí, o me deja pasar, *miss* Warren? —pregunté a mi vez.

Tardó bastante en contestar, hasta que lo hizo apartándose de la puerta.

—Entre, desembuche lo que sea y lárguese de una vez. Espero visita.

—¿Míster Hamilton?

—Eso es algo que no le importa a usted, fisgón —insultó.

No contesté.

Pasé al interior del apartamento y Jessica me condujo al *living*.

No me invitó a sentarme por lo que permanecí en pie, frente a ella, esperando su pregunta, que no tardó en producirse:

—¿Y bien...? ¿Qué es lo que quiere a esta hora?

—Hablarte de Hamilton y de Darguicha Nabocov —dije.

Su rostro se nubló.

—Creo —dijo—, que en una ocasión ya hablamos de esto, ¿verdad?

—Sí; así es. Y fue, si no recuerdo mal, en el apartamento del propio Hamilton.

—Correcto, pesquisa, ¿qué más?

Pensé en Darguicha, en lo que ella me había dicho respecto a las relaciones que unían a Jessica con Hamilton. «Una buena, amistad...» «Apuesto a que era Jessica y te sorprendiste al verla...»

Eso dijo, y si no en esas mismas palabras, sí en otras muy parecidas.

Repliqué:

—¿Quiero que me diga por qué me mintió en aquella ocasión?

—¿Le mentí...? ¿En qué?

—En las relaciones que la unen a Hamilton.

Se puso furiosa.

Lo vi en sus ojos y en toda su actitud; pero aún así, logró dominarse. Preguntó:

—¿Y a usted qué diablos le importa? Las explicaciones ya se las di a ese teniente amigo suyo, ¿comprende?

Lo que para mí significaba que todas mis sospechas eran ciertas... por el momento.

—¿Lo sabía Darguicha?

—¿El qué?

—Sus relaciones con mister Hamilton.

Arqueó una ceja.

—Supongo que sí —replicó—. ¿Por qué?

No se lo dije.

Sencillamente me limité a hacer un ademán con la mano, en señal de despedida y me acerqué a la puerta.

—¿Eso es todo? —preguntó, inmediatamente detrás mío.

No me volví cuando repliqué:

—Sólo una cosa más, querida, y es que cierre esta puerta tan pronto como yo haya salido y no le abra a nadie hasta que yo le avise por teléfono.

—¿Sí...? ¿Por qué?

Pensaba en Darguicha cuando repetí:

—Ciérrela y no abra a nadie, muchacha.

Crucé el umbral y caminé hasta el ascensor, luego a la planta baja, la calle, y una vez más mi coche.

Media hora más tarde me encontraba frente a la puerta que daba acceso a su apartamento. Llamé empleando el zumbador pero nadie respondió a mi llamada.

¿Dónde se encontraba?

No lo sabía.

«Hasta mañana pero no más tarde...»

Busqué un nuevo bar cuando salí a la calle y frente a un vaso de *whisky* me dediqué a pensar, a darle el toque final a las ideas que revoloteaban en el interior de mi mente.

Cianuro y luego la habían echado a la bahía.

Darguicha...

Era sencillamente horrible.

Cianuro; ¿dónde lo tomó?

Y Cleire, la llave bajo el felpudo y lo que aquello significaba para mí.

Una buena muchacha, palabra.

Vacilé mucho, frente el vacío vaso de *whisky* pero al fin me decidí, aunque antes consulté el reloj.

Las diez y treinta minutos de la noche.

Pagué la consumición, abandoné el taburete y una vez más, desde que empezara todo aquello, tomé el volante del coche y conduje.

Hacia un lugar donde no había entrado nunca, al que no había visitado ni pensaba visitar jamás, y mucho menos en unas circunstancias como aquéllas.

1009 de la Séptima Avenida, apartamento 213, letra 7.

Utilicé el ascensor no sin antes haber consultado la tablilla indicadora.

Frente a la puerta me detuve y asombrado me di cuenta de que mi frente transpiraba. Levanté la mano derecha hacia el pulsador del zumbador y con una mueca irónica, como burla para mí mismo me dije que nadie iba a venir a abrirme aquella puerta.

Ya nadie lo haría.

La tanteé con los dedos.

Cerrada.

Miré a ambos lados del bien iluminado pasillo y rebusqué en mis bolsillos.

Tres minutos más tarde tenía el paso franco.

Crucé el umbral, cerré a mi espalda no sin antes haber encendido la luz del recibidor y caminé sin precaución alguna hacia el *living*.

Otra puerta.

La abrí empujándola suavemente, di un paso, dos, hacia adelante, y algo cayó contra mi cabeza.

Caí de rodillas buscando frenéticamente la culata de la «Colt» mientras oía, a mi espalda, los precipitados pasos que se alejaban hacia el interior del apartamento.

Con un esfuerzo me puse en pie y vacilando sobre mis piernas, con el arma en la mano, entre las brumas que invadían mi cerebro, traté de orientarme.

El dormitorio.

Eso era.

Me apoyé en la pared y tanteando, luchando por serenarme, por recobrar fuerzas, pero sobre todo por alejar de mí el agudo dolor que sentía en la nuca, avancé hacia allí.

Al ir a cruzar el umbral me detuve en seco y me tambaleé, y no por causa de golpe alguno.

Había estado buscando a Darguicha y allí estaba, frente a mí, pero no en pie precisamente.

Caída en el suelo, boca arriba, con los que antes fueron unos hermosos ojos, ahora espantosamente abiertos fijos en el techo, con una mueca de incredulidad y asombro en su rostro, y un balazo que le atravesaba limpiamente el pecho izquierdo.

Detrás de ella una ventana abierta.

En dos zancadas atravesé toda la habitación y me asomé llevando la automática en la mano.

La escalerilla para caso de emergencia.

Miré hacia abajo.

Nada.

Las luces neón, los anuncios luminosos, la calle, los coches yendo de un lado para otro y allá, mucho más allá, la isla de Alcatraz y la mole de la que no hacía mucho había sido una prisión federal, tumba de muchos hombres.

Tumba de Alphonse Capone.

Volví en mí unos segundos más tarde y entonces me aparté de allí y me acerqué al cadáver de Darguicha mientras que todas mis sospechas, las ideas, la certeza que había tenido de que ella fue la asesina de Nora, se derrumbaban en mi interior dejándome poco menos que insensible a todo.

Darguicha...

¿Quién y por qué?

Pero sobre todo, ¿qué hacía allí, qué buscaba en el interior del apartamento que en vida perteneció a la que fue mi esposa? Y, ¿quién me golpeó a mí?

A no ser que...

Incapaz de continuar con aquel pensamiento que acababa de asaltarme me incliné sobre ella y traté de cerrar sus ojos, pero no pude, por lo que retrocedí hasta la cama, tomé una de las sábanas y

la cubrí con ella pensando que aquél era el final de un bello «plumífero femenino».

Lancé una mirada circular pensando en registrar el apartamento, pero me encontraba seguro de que si allí hubo algo que Darguicha vino a buscar, y que le costó la vida, su asesino acababa de llevárselo por lo que opté por abandonar el dormitorio y me encaminé al *living*.

También miré a mi alrededor, pero ahora mis ojos descansaron unos segundos sobre el teléfono.

¿Qué hacer...?

Hice una mueca, me acerqué, levanté el auricular y lo pegué a mi oído.

Daba la señal.

Por lo visto la compañía aún no había cortado la línea por lo que disqué.

Dos, tres segundos o cuatro, y repentinamente oía la voz.

—Precinto de policía, dígame.

Tragué saliva.

—Con el teniente

O'Hara.

—¿Sí...? ¿De parte de quién?

Dudé un poco pero al fin lo solté.

—Me llamo John Latinguer y me encuentro en... —Di las señas y añadí—: Avísele. Es importante.

Siguió un pequeño silencio, como si el policía que había al otro lado del hilo dudara sobre lo que tenía que hacer, y al fin respondió:

—Espere un momento...

Lo hice.

Uno o dos minutos y le oí preguntar:

—¿John...?

—Sí, yo mismo —respondí.

Y a pesar de mis esfuerzos para lo contrario, no pude evitar que mi voz sonara enormemente ronca.

—Bien, ¿qué ocurre? —Hizo una ligera pausa que no interrumpí y preguntó—: No habrás descubierto otro cadáver, ¿verdad?

Por segunda vez en pocos minutos tragué saliva:

—Han asesinado a ese plumífero del *New York*... Me refiero a

Darguicha Nabocov.

El silencio que siguió a mis palabras se hizo mortal.

—¿Sí, John...? ¿Y dónde?

—En el apartamento que perteneció a Nora, ¿comprendes?

No contestó de momento y cuando lo hizo, fue para decir exactamente lo que yo esperaba que dijera.

—No te muevas de ahí, John. Por tu bien, no lo hagas.

Colgó mucho antes de que pudiera darle una respuesta y lo hice a mi vez, tras lanzar una nueva y fugaz mirada alrededor.

El mueble bar era una tentación para mí.

Sabía que

O'Hara

no tardaría en llegar, pero me hacía falta un trago.

De... ¿cianuro?

Me acerqué y lo abrí.

Whisky, ron, bourbon...

Allí había donde escoger pero yo sólo deseaba un *whisky*.

Me lo preparé.

Empezaba a beber cuando el zumbador de la puerta repiqueteó con estridencia por lo que deposité el vaso sobre una mesita y fui a abrir.

Dick

O'Hara

y varios agentes más, estos últimos de uniforme.

O'Hara

en cuyos ojos no había reconocimiento alguno para mí.

—¿Dónde está, John?

Señalé hacia atrás por encima de mi hombro.

—Allí, en el dormitorio —dije.

—Espérame aquí —fue lo que me respondió.

No repliqué.

Esperé a que pasaran, cerré la puerta y regresé al *living*, en busca del vaso de *whisky*.

Tomé asiento en el sofá, donde más de una vez se habría sentado Nora, bebí un sorbo y cerré los ojos.

Meditaba.

No sé cuánto tiempo permanecí así, hasta que mis meditaciones las rompió el propio

O'Hara,

con una pregunta:

—¿Y bien, John...?

Los abrí.

Se encontraba allí, en pie frente a mí, mirándome fijamente con sus ojos fríos y carentes de todo sentimiento.

—Bien, ¿qué? —pregunté a mi vez.

Se sentó en uno de los sillones antes de formular una nueva pregunta, dando de lado a la mía:

—¿Cómo ocurrió?

—¿Eso...? —De nuevo señalé hacia atrás y contesté—: Confieso que no lo sé, Dick. Hasta hace unos minutos, creía que fue Darguicha la que mató a Nora.

Arqueó una ceja.

—¿Sí...? ¿Por qué?

—Hay una muchacha llamada Cleire Bloom que puede contarte algunas cosas al respecto, polizonte. Nora era una redomada coqueta, aunque en el buen sentido de la palabra. Por ella, Cleire perdió a su amante y Darguicha pudo matarla por el mismo motivo, ya que, al parecer, una de las diversiones de Nora, y la que quizá le costó la vida, era la de tratar por todos los medios a su alcance de quitarle los novios o pretendientes a sus amigas, para luego reírse de ellos.

—Sé todo eso, John.

—Entonces...

—Si Darguicha mató a Nora, ¿quieres decirme quién la asesinó a ella?

—¿No lo sabes...?

Me miró suspicaz.

—No —afirmó secamente—, por lo menos hasta que tú me lo digas.

Me encogí de hombros.

—Cualquiera pudo hacerlo, Dick, y tú lo sabes —respondí—. Hamilton, Brenda Barton...

—Hamilton no lo hizo. Por lo menos no mató a Nora.

Le miré a los ojos.

—¿Por qué? —pregunté.

—Por la sencilla razón de que Hamilton se encontraba en aquel

momento en compañía de esa modelo... Creo que se llama...

—Sé quién es Jessica Warren, Dick —le interrumpí—, pero eso no cuadra mucho con lo que he averiguado yo.

—¿No...? ¿Y es...?

—Hamilton abandonó la fiesta de los Barton con Nora y la acompañó a su apartamento.

—Sé todo eso, pesquisa y mi respuesta es la misma de antes. Hamilton no lo hizo. Nora murió entre las dos y las tres de la madrugada de aquella misma noche, según el informe del forense, víctima del envenenamiento por cianuro, y posteriormente la echaron a la bahía. No había agua en su estómago, ¿comprendes?

Guardé silencio.

Meditaba una vez, en todo aquello, en lo pasado y el presente, y finalmente —aventuré una pregunta:

—¿Dónde nos deja esto, Dick?

Se puso en pie y se volvió hacia la puerta.

Desde allí me miró.

—No te ausentes de San Francisco sin que yo lo sepa ni cambies de domicilio, ¿comprendes?

—No —respondí—. Yo no la maté aunque tú te empeñes en lo contrario. Y hay algo más, Dick: si Darguicha no asesinó a Nora, ¿quieres decirme qué diablos hacía en este apartamento?

—¿Tú no lo sabes?

—¡Cuernos, no! —estallé—. Si supiera eso, posiblemente sabría la identidad de su asesino.

—¿Y no fuiste tú, John? Ella escribió de ti en más de una ocasión, ¿no? Es un buen motivo y más si sabía o sospechaba que lo de Nora, como ya dijo una vez en un artículo que conservo, fuiste tú el que...

Me puse en pie y se interrumpió.

—Sal fuera, Dick —dije calmamente—, o llévame al Precinto. Pero si no es así, te pido que me dejes solo, ¿comprendes? ¡Ah! Me encontrarás en mi oficina o en mi apartamento..., si es que de verdad vas a buscarme.

No respondió.

Dio media vuelta y salió cerrando a su espalda dejándome espantosamente solo ya que mucho antes el blanco coche de la ambulancia se llevó el cadáver de Darguicha a la Morgue,

conjuntamente con sus hombres.

Tomé el vaso y bebí un largo trago mientras que mi mente empezaba a barajar nuevas ideas.

Dick

O'Hara

que ni siquiera me había dejado tiempo para que le explicara la agresión que había sido objeto dentro de aquel mismo apartamento.

Desde luego no lo hubiera creído, pero...

Corté ahí el hilo de mis pensamientos encauzándolos por otros derroteros.

Cleire que ya estaría durmiendo o quizá esperándome.

Esperando algo que por aquella noche no iba a llegar y que quizá nunca llegara.

Consulté el reloj.

Las once cuarenta y cinco.

Me puse en pie y abandoné el apartamento de Nora pensando en que

O'Hara

ni siquiera me había preguntado cómo entré en él, lo que aún me daba más mala espina.

Salí a la calle, al bullicio de los peatones que a cada segundo que transcurría iba decreciendo, a las luces luminosas, al sonido de los motores de los coches... y conduje sin dejar de pensar, hasta el Palas.

No llevaba en mente ninguna idea fija para ir allí.

Era un lugar como otro cualquiera, pues no deseaba ir a mi apartamento ni al de Cleire.

A este último, no por el momento.

Estacioné frente a la puerta, descendí, crucé la acera y entré.

La circular y encerada pista, las mismas parejas de todas las noches y más allá la barra con los mismos servidores, y por entre las mesas las piernas más o menos hermosas de las camareras, siempre envueltas en medias de malla negra.

Caminé hacia el mostrador, pensando en el teniente

O'Hara,

pero no llegué, porque antes la vi.

Mistress Brenda Barton, con un vestido largo hasta los pies, sin nada a la espalda y mostrando el nacimiento de sus redondos senos

por delante, de «lamé», bordado de lentejuelas, guantes un par de dedos por encima del codo, se encontraba en una de las mesas, muy cerca de la pista, al parecer ensimismada en la contemplación de los bailarines.

Me detuve en seco, vacilando, recordando lo que su marido me había dicho, sobre la conveniencia de dejarles en paz, hasta que terminé por encogerme de hombros con gesto displicente.

Entonces me acerqué.

No se movió seguramente porque no se dio cuenta de mi presencia cerca de ella, hasta que no saludé:

—Buenas noches, *mistress* Barton —dije—, ¿bailamos?

Se sobresaltó un poco,ladeó la bella cabeza y me miró con sus grandes y rasgados ojos llenos de sorpresa.

—¡Usted! —exclamó—. ¿Qué busca aquí?

Se había puesto en guardia de un modo instintivo y me pregunté por qué, pero lo que dije fue algo bien diferente a lo que pensaba:

—Busco una pareja para bailar y usted está muy sola.

Arqueó una ceja.

—Tengo una cita —dijo—. Por tanto...

—¿Con su esposo o con míster Joss Hamilton? —dije sintiéndome impertinente.

—Con lo que a usted... a usted...

—No me importa, ¿verdad? —completé su frase, para preguntar sin transición alguna—: ¿Puedo sentarme?

Miró alrededor, tal vez pensando en pedir ayuda contra mí y luego, cuando menos lo esperaba, se volvió a mirarme y me sonrió:

—Siéntese, pesquisa, y suelte lo que sea de una vez.

Tomé una silla, la arrastré hasta la mesa, hice una seña a una de las meseras, le pedí *whisky* y mientras se alejaba para servírmelo me senté, enfrentándola.

Pero fue ella la que habló primero, quizá por ser mujer:

—¿Qué busca aquí, pesquisa?

—Nada —dije—. Tanto si me cree como si no, entré con objeto de pasar el rato. Iba hacia la barra cuando la vi y me acerqué.

Entrecerró los ojos.

—¿Me está diciendo la verdad?

—¿Por qué no?

No me respondió de momento.

Esperó a que depositaran frente a mí el vaso con el *whisky* y entonces comentó:

—Y claro, al verme, se dijo que sería bueno venir a sentarse a mi lado, con el solo objeto de formularme unas cuantas preguntas más, ¿es o no es así, pesquisa?

—No, no era así —afirmé—, pero ahora que lo menciona, recuerdo que por lo menos una, sí debo hacerle.

Arqueó una ceja.

—¿Y es...?

—Simplemente deseo saber si usted era muy amiga de Nora, *mistress* Barton.

—¿Una pregunta capciosa para cargarme con su asesinato?

No me gustaba hacerlo, no en aquellas circunstancias, pero sonreí.

—Nada de eso —repliqué—. Dígame, ¿lo era?

—Sí, bastante.

—¿Le habló de Joss Hamilton?

Mirándome de hito en hito preguntó:

—¿En qué términos, pesquisa?

—En todos los términos.

—Bueno..., en una ocasión me dijo que de todos los hombres que había conocido, incluyendo a mi propio esposo, los dos que verdaderamente la habían amado eran usted mismo y Hamilton.

Me quedé de piedra.

Y cuando me rehíce un tanto pregunté:

—¿Sabe por qué me abandonó?

Mistress Barton tardó bastante en contestar.

CAPÍTULO VII

Mucho, tanto que ya esperaba que no lo haría.

Y fue justo al llegar a esta conclusión cuando dijo:

—No. Sé que en cierta ocasión fui indiscreta, pero no quiso responder a mis preguntas. Respecto a ustedes dos, Nora era bastante discreta. Yo diría que hasta demasiado.

Se puso en pie y la miré con asombro.

—¿Ya se marcha? —pregunté levantándome a mi vez.

Me dedicó una sonrisa.

—No, aún no, pesquisa —dijo sin dejar de sonreír—. Antes vamos a bailar. ¿O no era eso lo que deseaba?

Sin responder la prendí del brazo y la llevé a la pista.

Empezamos a bailar en silencio.

Mediábamos el bailable cuando pregunté:

—¿Qué sabe de Darguicha Nabocov?

Mirándome con el gesto más inocente del mundo preguntó a su vez:

—¿No me hizo antes esa misma pregunta, míster Latinguer?

—Sí, puede que sí —afirmé con gesto vacilante—, pero si fue así, he olvidado la respuesta que me dio en aquella ocasión, *mistress* Barton.

Una vez más me mostró sus dientes blancos como perlas, en una sonrisa.

—Lo que todo el mundo, querido.

—¿Y qué es lo que sabe todo el mundo?

—Entre otras cosas que fue o era amiga íntima de Joss Hamilton.

—¿Cuáles son las otras cosas, *mistress* Barton?

Su bonito ceño se arrugó.

—Fue un decir, pesquisa —replicó—. Para nosotros sólo era una simple conocida que frecuentó nuestra casa un par de veces por

razones de su trabajo o quizá a causa de Joss. Eso no lo recuerdo bien.

El bailable terminaba por lo que pensé rápidamente si debía o no formular la pregunta que acababa de asaltar mi mente, hasta que opté por lo primero.

—¿Sabe que ha muerto?

Se estremeció entre mis brazos, perdió un par de pasos de baile y respondió:

—¡Está mintiendo, queri...!

Negué con la cabeza y se interrumpió.

—¿Cómo...? ¿Cómo murió?

—La mataron de un tiro en el interior del departamento que Nora ocupaba desde que se marchó de casa. ¿Qué fue a hacer allí? ¿Usted lo sabe, *mistress* Barton?

El bailable terminó en aquel momento por lo que Brenda se desprendió de mis brazos y en silencio dio media vuelta y se encaminó hacia la mesa, llevándome detrás, donde se sentó del mismo modo.

O sea, sin pronunciar una sola palabra.

Lo hice a mi vez, frente a ella, esperando, hasta que preguntó:

—¿Quién lo hizo, Latinguer?

—Tengo algunas ideas al respecto —afirmé—. Pera sólo ideas.

—Dígame una.

Fui a responder cuando una sombra se proyectó sabré nosotros.

Ambos, al mismo tiempo, dejamos de mirarnos para clavar los ojos en Jack Barton.

—Le dije que no volviera a molestar más a nú...

—No me estaba molestando, Jack —interrumpid ella—. Míster Latinguer se acercó a saludarme y le invité a que se sentara a mi lado. Ahora... ahora X marchaba.

Ya me encontraba en pie cuando terminó de hablar por lo que dije:

—Buenas noches, míster Barton, espero que na se sienta molesto por esto.

—No lo estoy —miró a su mujer y añadió—: Puede quedarse si lo desea.

Negué con un leve movimiento de cabeza.

—Tengo una cita —dije—, y no deseo faltar a ella. Por tanto,

gracias.

—¿Una cita...? —Me estaba mirando con sorpresa cuando preguntó—: ¿Con quién míster Latinguer?

Forcé una sonrisa.

—Quizá con un asesino, *mistress* Barton. Buenas noches.

Inicié el retroceso y ella preguntó:

—¿El de Nora?

—O el de Darguicha —repliqué—. De eso aún no estoy seguro.

Di media vuelta y Barton preguntó a mi espalda:

—¿Darguicha...? Repita eso, ¿quiere?

Me volví a mirarle.

—La asesinaron esta noche, míster Barton —dije fríamente—, y yo quiero a su asesino.

Avanzó un par de pasos hacia mí, se detuvo muy cerca y preguntó:

—No estará sospechando de nosotros, ¿verdad? —No, aún no— repliqué más fríamente aún —pero todo cabe en lo posible.

No me respondió, tal vez porque en aquel momento Brenda dijo desde la mesa:

—Estás llamando la atención, Jack. ¿Por qué no regresas a la mesa y dejas a míster Latinguer con sus problemas?

No esperé a que contestara.

Me volví en redondo, alcancé la puerta y salí a la calle.

Me senté frente al volante y encendí un cigarrillo. Pensaba.

En una mentira, una sola.

Las palabras que en su día pronunciara Darguicha bailaban de nuevo en el interior de mi mente sumiéndola en un verdadero caos como la habían sumido desde que empezara todo aquello o hablando con propiedad, desde el momento en que creí que ella era la asesina.

Ahora Darguicha había muerto exactamente lo mismo que Nora, sólo que ella había recibido un tiro que le alcanzó el corazón a través del seno izquierdo.

¿Disparado por quién?

Alcancé el tercer bar de aquella noche y me acomodé en la barra.

También pedí un *whisky* y empecé a beber sin dejar de pensar.

Nora, Darguicha y Joss Hamilton.

También estaba Cleire mal que me pesara a mí mismo y Jessica Warren.

Cualquiera había podido cometer aquellos dos crímenes. Incluso Jack Barton o su esposa.

Era, pensando de aquel modo, no llegar a ninguna parte.

Ni de aquél ni de ninguno.

Faltaba algo, el motivo por el cual Nora fue asesinada. Un motivo que quizá estuviera en su apartamento. Un motivo que descubrió Darguicha en forma casual, justo en el momento en que el asesino pensaba en lo mismo.

Fue también la casualidad la que les llevó a los dos al apartamento que ocupaba Nora y Darguicha murió. Su muerte pues, era sólo fruto de las circunstancias.

¿Era eso, o había algo más?

Desde luego lo había.

Algo que danzaba en el interior de mi mente, intentando abrirse paso sin conseguirlo.

Algo que también giraba en torno a Darguicha.

Algo, en fin, que ni yo mismo me atrevía a pensar.

Bebí un poco.

Muy poco, apenas mojarme los labios, y entonces supe la verdad de todo con una certeza que me aterró dejándome poco menos que insensible a todo.

Lentamente, conteniendo la respiración, alargué la mano, tomé el vaso y apuré el *whisky* de un solo trago.

Pedí otro y consulté el reloj tan pronto como el barman empezó a servírmelo.

Las doce y treinta de la noche.

¿Dónde?

Sólo había un lugar.

El vaso se encontraba frente a mí por lo que extraje medio dólar, lo deposité sobre el mostrador y empecé a beber.

Meditando.

Tratando de redondear aquella idea que lo era todo para mí; dudando entre llamar al teniente

O'Hara

o no hacerlo, hasta que pensé que no merecía la pena.

El ya tenía a su asesino y si no había procedido ya en mi contra

era debido a la amistad que siempre nos había unido y que ahora, gracias a esas mismas circunstancias, a las que aludí anteriormente, se había enfriado bastante.

Terminé con el *whisky*, abandoné la barra y regresé a la calle, tal vez por diezmillonésima vez en pocas horas, y también por igual cantidad de veces entré en mi coche.

Encendí un cigarrillo.

Hecho esto comprobé la carga de la «Colt», la introduje en el bolsillo derecho de la americana y arranqué.

Conduje lentamente, redondeando aún toda una historia llena de ideas, de sospechas, pero sin tener certeza de nada, sin saber si estaba equivocado o no.

La fiesta de los Barton, la invitación de Nora, Hamilton llevándola de un lado para otro, Jessica..., y todo dando vueltas y más vueltas alrededor de un mismo punto.

Detuve el coche una cuadra antes de llegar y el resto del camino hasta la puerta de aquel edificio de apartamentos lo hice a pie, recordando una vez más a Darguicha.

Porque ahora estaba completamente seguro de que fue ella, y nada más que ella, la que asesinó a Nora.

No utilicé el ascensor.

Ni siquiera me precipité al subir la escalera, peldaño a peldaño, acariciando la culata del «Colt».

Tanteé la puerta del apartamento.

Cerrada.

Pegué el oído a la madera.

Desde dentro no me llegaba el menor rumor.

¿Dormían o se encontraban en el *living*?

Tanto si era así como si no, estaba completamente seguro de que no me iban a oír entrar, como pude comprobar tres minutos más tardes.

Guardando la ganzúa en el bolsillo del pantalón avancé hacia allí.

No dormían.

Fue en eso en lo que pensé tan pronto como vi filtrarse la luz por debajo de la puerta que daba acceso al lugar adonde iba y crispé la mano en torno a la culata.

Empujé la puerta hacia adentro y me envaré mirando a la que

con los ojos llenos de susto y asombro se levantaba del sofá donde seguramente había permanecido sentada, mirándome como aquel que ve un animal o a uno de esos personajes de la serie de TV «Rumbo a lo desconocido».

A pesar de eso, Jessica Warren fue la primera en reaccionar.

—¿Qué hace usted en este apartamento? ¿A qué ha venido? Pero sobre todo, ¿cómo ha logrado entrar?

No respondí, cerré la puerta del *living* y me acerqué sin sacar la mano del bolsillo de la americana.

Jessica se encontraba al parecer sola, pero no podía olvidar que aquel apartamento patencia a Joss Hamilton y que éste podía encontrarse en cualquier parte dentro del interior del mismo.

—Busco a Hamilton —dije.

Abrió mucho los ojos.

—¿Sí...? ¿Y a esta hora? Pues aún no ha venido. Vamos, pesquisa, váyase o llámeme a la policía. Lárguese y vuelva mañana.

—¿Mañana...? —pregunté—. Mariana sería demasiado tarde.

—¿Por qué?

—Siempre es tarde para atrapar a un asesino.

Me miró fijamente y luego, ante mi estupor, se dejó caer sobre el sofá y empezó a reír.

—¿Un... asesino...? ¿Joss un asesino? Vamos, pesquisa, vaya a dormirla a otra parte. Joss no pudo asesinar a Nora por la sencilla razón de que...

Sabiendo lo que me iba a decir la interrumpí.

—No se trata de Nora, preciosa, sino de Darguicha.

Se le demudó el semblante.

—¡Miente! ¡Está tratando de asustarme, bastardo! Darguicha está viva y usted... usted...

Señalé el teléfono y se interrumpió con los senos agitados bajo la tela de nylon de la combinación que llevaba puesta.

—¿No dijo que iba a llamar a la policía? —pregunté—. Vamos, ¿a qué espera? El teniente O'Hara

del departamento de Homicidios está esperando.

Como sospechaba, no se movió.

Continuó mirándome en silencio que duró aproximadamente tres o cuatro segundos y pidió con voz ronca.

—Explíqueme eso, ¿quiere?

¿Qué podía decir que fuera verdad?

Nada, y no había más realidad que aquélla.

No obstante hice un esfuerzo por coordinar mis ideas y empecé sin perderla de vista; ni a ella ni a las dos puertas que había a su espalda, al otro extremo del lugar en que nos encontrábamos:

—La verdad, por lo menos con exactitud, no la sabremos nunca porque ella, como le dije, ya ha muerto. La mataron hace unas horas y su cadáver aguarás en la Morgue la visita del forense, ¿comprende? Pero a pesar de todo, yo veo las cosas así. Darguicha amaba a Hamilton desde antiguo casi con la misma intensidad que odiaba a Nora debido al propio Hamilton. Quizá tuvo varias veces la idea de eliminarla, que no puso en práctica hasta la noche de la fiesta en casa de los Barton. Allí volvió a verla del brazo de Hamilton, como coqueteaba con él... y perdió los estribos. No sé si Darguicha abandonó la fiesta antes que ellos dos, pero sea lo que fuere salió, fue al apartamento de Nora y cambió una de sus pastillas de dormir por otra de cianuro y Nora murió cuando ella ya estaba lejos de allí.

Callé esperando una pregunta que no tardó en llegar:

—¿Sí, tipo inteligente? ¿Quiere decirme ahora cómo se las compuso para trasladar el cadáver hacia la bahía? ¿Y ella sola?

—No fue Darguicha quien la lanzó al mar, querida —dije fríamente—, sino su amigo. Joss Hamilton lo hizo.

Me miró con los ojos muy abiertos.

—¡Está usted loco, pesquiza, y molestándome! ¿Comprende?

Repentinamente avanzó hacia el teléfono, haciéndolo de lado, sin dejar de observarme, sin perder su palidez de cera y la dejé llegar.

Ahora ya no me importaba que llamara a

O'Hara.

Incluso lo deseaba.

La dejé llegar, como dije, y esperé a que tomara el auricular.

Entonces recomendé:

—Explique al teniente

O'Hara

su participación en esto, querida. Se lo agradecerá.

No respondió y empezó a discar.

Una, dos cifras, y entonces nos interrumpieron.

—¡Continúa por ese camino y te mato, Jessica!

La mano que marcaba la cifra se detuvo sobre el disco y luego, poco a poco, Jessica depositó el auricular sobre su soporte mientras que a mi espalda, Hamilton continuaba recomendando:

—Y usted, Latinguer, saque la mano de ese bolsillo y vuélvase, pero despacio.

Lo hice y le enfrenté.

Me estaba apuntando con una automática «*Parabellum*» alemana.

Es decir, nos estaba apuntando a ambos, en silencio, que rompió la propia Jessica:

—Tú... ¿Que tú mataste a Dargui...? ¡No puedo creerlo, Joss! ¡Dime que miente, que estás mintiendo tú, ahora!

—Cierra la boca y no te muevas, Jessica, o te mato.

—De todos modos, Hamilton, nos va a matar. ¿Es o no es así?

Me mostró sus dientes de lobo en una sonrisa.

—Lo que no hace mucho ha dicho Jessica, pesquisa —exclamó—; es usted un tipo listo. Demasiado diría yo.

—¿Por qué?

—Porque las cosas ocurrieron poco más o menos como usted ha dicho, salvo una ligera variante.

—¿Y es...?

—¿No lo sabe?

—No.

—Entonces retiro lo dicho, Latinguer —replicó—, no es usted tan inteligente como presume. —Hizo una ligera pausa y preguntó—: Le gustaría oír el resto de la historia, ¿verdad?

—Sí, confieso que sí —respondí.

Hamilton lanzó una fugaz mirada a Jessica, que a su vez le observaba con la expresión de la que viendo y oyendo una cosa, aún no acaba de creerla, y pidió:

—Ponte a su lado, muchacha.

Más que verlo intuí que Jessica empezaba a obedecer justo en el momento en que Hamilton añadía a lo dicho con anterioridad:

—Yo amaba a Nora y Darguicha lo sabía, lo supo siempre... y decidió matarla. Aquella noche, la fiesta de los Barton, fue la gota que colmó el vaso y... Pero, bueno, eso ya lo sabe usted y por

tanto... —vaciló un poco y continuó al cabo de unos segundos de silencio—: No contenta con haberla eliminado, Darguicha me telefoneó diciéndome lo que había hecho y se burló de mí cuando la amenacé con denunciarla a la policía. Fue entonces cuando me dijo que Nora le había abandonado a usted porque yo la amenacé de que si no lo hacía iba a contarle que entre ella y yo... Que éramos muy amigos, si me entiende, y que deseaba el divorcio, lo que no era verdad ni mucho menos, pero no así lo que Darguicha afirmaba. Dijo que ella iba a ir a la policía, en vez de hacerlo yo, para contarle todo aquello y... perdí la cabeza por primera vez en mi vida. Aquella noche, si bien me encontraba junto a Jessica cuando ocurrió el asesinato, según el forense, no fue así cuando la lancé al agua, cosa que la autopsia no puede especificar. Por tanto tenía una coartada invulnerable a pesar de que le mentí a usted la primera vez que nos vimos. Ése fue el precio que pidió Darguicha por su silencio y caí en la trampa como un imbécil. Luego... empezó a hacerme chantaje. Sabía lo que había entre Jessica y yo y... y... me amenazó diciendo que cualquier día la encontraría muerta, lo mismo que a Nora, y empecé a amenazarla a mi vez, con escritos y llamadas telefónicas. Ella... la odiaba lo mismo que a usted, y quizá a causa del mismo odio que sentía por Nora. Un odio que le trasladó escribiendo artículos en los periódicos, nada edificantes para usted. Deseaba hundirle lo mismo que yo hundí a Nora con respecto a su matrimonio con... con... La seguí durante horas, días..., hasta que fue, sin que aún llegué a saber por qué, al departamento de Nora y allí... allí... Terminaba cuando usted llegó y tuve que golpearle, cuando debí matarlo.

Calló y empezó a retroceder hacia la puerta.

—Me marchó, pesquisa —dijo—, y éste es el final. Para usted y para ella, ¿comprende?

No dije nada.

No podía.

Sabía que no había escape ni para Jessica ni para mí, hasta que ella, de un modo repentino, sin pronunciar palabra, dio media vuelta y corrió hacia el teléfono.

Con una seca maldición, Hamilton ladeó el cañón de la «*Parabellum*» y la bala pegó con la mesa. Entonces se volvió hacia mí, pero yo ya me encontraba con el «Colt» en la mano y

disparando, tiro tras tiro, contra él.

Y le vi dar vueltas y más vueltas, yendo de un lado para otro, con los brazos en cruz, hasta que la carga del «peine» se agotó por completo.

Entonces cayó al suelo para no levantarse más y corrí hacia el cuerpo de Jessica que, gimiendo, trataba de ponerse en pie.

La ayudé suspirando con alivio.

Sobre el sofá descubrí su hombro.

Un balazo doloroso en extremo sin mayor importancia ya que presentaba orificio de entrada y salida.

Toscamente procuré curarla mientras pensaba en Nora. Nora que me había abandonado por causa de Hamilton, por una burda mentira, temerosa de mí, pero no por lo que pudiera ocurrir entre los dos, sino por lo que yo pudiera hacerle a Hamilton.

Nora que antes de nada debió contármelo todo; confiarse a mí a pesar de todos los pesares.

—Espero que cuentes la verdad de todo esto, muchacha —fue lo que dije a Jessica—, tan pronto como venga la policía.

No Sé cómo lograrlo, pero me sonrió.

—Lo haré, pesquisa.

Había otra cosa, una más, y pregunté al respecto:

—En nuestra primera entrevista mentiste, ¿por qué?

Supo a lo que me refería casi al instante.

—Yo... no fui a casa de Darguicha —dijo—, sino porque Hamilton me lo mandó. Dijo que... que... ella se encontraba en dificultades y me pidió que intentara averiguar a qué había ido a tu oficina. Por eso me presenté allí, contándote unas pocas mentiras envueltas en verdades ya que Darguicha... Bueno, es cierto que en otra época me ayudó bastante y de no ser por Hamilton... jamás nos hubiéramos odiado. El... según parece, deseaba saber qué era lo que te había contado y me mintió para conseguir que yo... me presentara en tu oficina tratando de sonsacarte..., diciéndote que recibía llamadas telefónicas, amenazas y... y... Ahora sé para qué deseaba averiguar todo eso. Tenía miedo por sí mismo, lo mismo que Darguicha. Ella... sabía que muriendo Nora, tú te... te... tratarías de buscar a su asesino y nada mejor que tenerte cerca en todo momento. ¿Comprendes?

Se desmayó en aquel preciso momento, pero para mí era todo.

La verdad de todo.

Sólo entonces me aparté de ella y fui al teléfono.

Treinta minutos más tarde me encontraba en comunicación con el teniente

O'Hara

y clareaba el nuevo día cuando me vi en el interior de mi coche, completamente solo, conduciendo hacia el apartamento de Cleire.

Ella misma me abrió la puerta ya que no utilicé el llavín que había bajo el felpudo, y me condujo al *living*.

—Estás cansado, John —me tuteó—; muy cansado. Voy a preparar el desayuno, mientras lo tomamos me lo cuentas todo —hizo una pausa y añadió—: Después iré a mi trabajo y... tú... tú... tú puedes acostarte.

Cerré los ojos sin responder.

Era verdad, me encontraba cansado. Tuve plena conciencia de eso cuando ella me dijo, mucho más tarde, que había dormido doce horas de un tirón.

Hoy, al cabo de los cuatro años, me decido a poner punto final a esa parte de mi historia que poco a poco se va borrando de mi mente, con la ayuda de Cleire, mi esposa, y de las dos gemelas que me ha dado en el transcurso de nuestros tres años de matrimonio.

Empiezo a ser feliz y a olvidar.

Lo malo, en contraste, es que no lo consigo del todo.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

